

LIBRO TERCERO

CAPITULO 1.1. Mas para prueba de que a aquellos que aspiraban a las altas honras les beneficiaba haciéndoles ejercitarse en aquello a lo que aspiraban voy a exponer ahora un caso. Que es que habiendo una vez oído que había venido a Atenas Dionisodoro⁷⁷ anunciando que se ofrecía a enseñar el arte de mandar ejército, habló así a uno de los que con él andaban, del que sabía que quería alcanzar en el estado el cargo de general: 2. «Mal está de todos modos, muchacho, que el que quiera ser general en el estado, si le es dado aprender algo para ello, desaproveche la ocasión; y con más razón sería ese tal condenado a multa por el estado que uno que se dedicara a fabricar estatuas sin tener aprendido el arte de la estatuaria. 3. Pues dado que en los trances decisivos de la guerra la nación entera queda en las manos del general encomendada, bien se ve que grandes han de ser los bienes que de su acierto se deriven y grandes los males que se deriven de sus fallos. ¿Cómo, pues, no va a ser en toda justicia condenado aquel que se descuide de aprender las artes de ese cargo, mientras, en cambio, de conseguir el cargo sí se ocupa?» Con tales, en fin, razones como éstas lo persuadió a que fuera allí a aprender. 4. Mas una vez que hubo vuelto ya instruido, le gustaba bromas

77. Dionisodoro de Quíos, hermano de Eutidemo (no el que hemos visto en I.II.29), se especializó al menos al principio en la enseñanza del arte militar. Ambos hermanos sofistas aparecen donosamente maltratados en el *Eutidemo* de Platón.—Cargo de general o estratega: se nombraban diez anualmente, pero por esta época el cargo pasaba a ser más bien de carácter político y con atribuciones civiles diversas, a la par que el mando efectivo de las tropas iba más cada vez quedando encomendado a técnicos en la materia.

diciendo: «¿No os parece, señores, que aquel epíteto de mayestático que le da Homero a Agamenón, este mozo, desde que ha aprendido el arte del generalato, tiene un aire más mayestático también? 78. Y, en efecto, así como el que ha aprendido a tañer la cítara, aun cuando no la esté tañendo, un citarista es, y el que ha aprendido medicina, aun cuando no esté curando, es, sin embargo, un médico; así también éste es desde este momento, general para toda su vida, aun cuando no le vote nadie para el cargo. Mientras que aquel que no entiende en el arte ni es general ni médico, aun cuando vote por él el mundo entero. 5. Pero, en fin—siguió—, para que también nosotros, en el caso de que alguno hayamos de mandar un batallón o una compañía⁷⁹ bajo tus órdenes, estemos más entendidos en las artes militares, cuéntanos por dónde empezó a enseñarte el arte del generalato.» Conque él: «Por el mismo sitio—dijo—por donde terminaba, pues la táctica fue lo que me enseñó, y ninguna otra cosa.» 6. «Pero ello es—repuso Sócrates—que eso no es más que una pequeña parte del generalato. Pues tiene, además, que ser entendido en preparar el equipo para la guerra el general y en proporcionar las vituallas para los soldados, ser fecundo en astucias y firme en el trabajo, diligente y resistente y de vivo ingenio, a la par amable y rudo, sencillo y maquinador, hombre de precauciones y de sorpresas, desprendido y rapaz, generoso y ambicioso, seguro en la defensa, emprendedor para el ataque y otras muchas cualidades, así de natural como por ciencia, tiene que reunir el que haya de llevar con bien el generalato. 7. Mas bien está también que sea entendido en táctica, pues mucho va de un ejército formado en orden a uno desordenado, así como piedras y adobes y madera y teja amontonados en desorden para nada valen; pero, luego que se ordenan, poniéndose debajo y por encima los materiales que no se pudren ni se deshacen, a saber, las piedras y la teja, y en el medio los adobes y la madera, que es como se colocan en la construcción, resulta

78. En la *Iliada*, III, 70, se le llama a Agamenón γερὰρὸς «que impone respeto, augusto, mayestático».

79. Traducimos aproximativamente por «batallón» τάξις, que era el cuerpo de infantería proporcionado por cada una de las 10 tribus; los 10 taxiarcos, pues, eran ayudantes de los 10 estrategos para la infantería; por «compañía» λόχος, principal unidad táctica antes de la época de la falange, variable en número, según sitios o épocas, de 24 a 200 hombres; los taxiarcos elegían los locagos o capitanes dependientes de ellos.

entonces algo de tanto valor como una casa»⁸⁰. 8. «Pues mira, Sócrates—díjole el muchacho—: de todo en todo has acertado en la comparación, que también en la guerra hay que poner en vanguardia a los mejores y en retaguardia, y a los peores en el medio, de manera que vayan llevados por aquéllos y empujados por aquéstos.» 9. «Eso, claro está—le dijo—, si te enseñó también a distinguir a los buenos y a los malos; porque, si no, ¿de qué te sirve lo que has aprendido? Que lo mismo con dinero, si te hubiera recomendado colocar arriba y en el fondo la mejor moneda y por el medio la peor, sin haberte enseñado a distinguir la buena de la falsa, de poco había de servirte.» «Pues, por vida mía—dijo él—, que no me lo ha enseñado; así que será que tenemos por nosotros mismos que apreciar los que son buenos y los que malos.» 10. «¿Por qué no miramos, pues—le dijo—, a ver cómo será que no nos equivoquemos al hacerlo?» «Dispuesto por mi parte», contestó el muchacho. «Pues bien—le dijo él—, si se trata, por ejemplo, de apoderarse de dinero, haremos bien seguramente en poner a los más codiciosos los primeros.» «Así me lo parece.» «Y ¿qué cuando se tenga que arrostrar un peligro?: ¿habrá que poner al frente a los más ambiciosos de gloria?» «Por lo menos es lo cierto—contestó—que éstos son los que por mor de alabanza están dispuestos a correr peligros. Y lo que es éstos, desde luego, no es cosa de rebuscar mucho, que, como se hacen destacar por dondequiera, fáciles de encontrar habrán de ser.» 11. «Pero, pasando a otro asunto—dijo—, ¿te enseñó sólo a poner en formación la tropa o también en qué ocasiones y de qué modo hay que valerse de cada una de las formaciones?» «No, nada de eso», respondió. «Pero el caso es que hay, sin duda, muchas situaciones a las que no conviene un mismo modo de formar la tropa ni de dirigirla.» «Pues, a fe mía—dijo—, que no se explicó sobre esos puntos.» «Pero entonces, hombre—le dijo él—, vuelve otra vez allá y pregúntale, que, si lo sabe y no es un hombre sin pudor, vergüenza sentirá de mandarte a medias para casa después de haberte bien cobrado tu dinero.»

CAPITULO II.1. Y habiéndose encontrado cierta vez con uno que estaba elegido para general: «¿En razón de qué crees tú

80. Carga aquí Sócrates con opiniones sobre las condiciones del jefe y con consejos tácticos que más o menos nos ofrece Jenofonte en la *Ciropeidia*, I, 6, 16; VI, 3, 25, y VII, 5, 4.

—le dijo—que llama Homero a Agamenón pastor de gentes?⁸¹ ¿Será ello porque, así como debe el pastor cuidarse de que las ovejas estén a salvo y tengan lo que necesitan y se cumpla el fin por el que se las cría, así también el general cuidarse debe de que estén a salvo los soldados y tengan lo necesario y se cumpla el fin por el que militan? Y militan para que, venciendo a los enemigos, vivan ellos más felices. 2. O si no, ¿por qué en fin de cuentas, hubo de alabar a Agamenón así, cuando de él dijo:

*tanto en él de buen rey como tanto de buen guerrero?*⁸²

¿Será porque guerrero fuerte no podía serlo con pelear bien él solo frente a los enemigos, sino haciendo capaz de eso mismo al ejército entero; ni buen rey con saber bien gobernar tan sólo su propia vida, sino trayendo también la felicidad a aquellos en los que reinara? 3. Pues a bien que se elige rey a uno no para que se cuide debidamente de sí mismo, sino para que también los que lo han elegido tengan por obra suya beneficio; y asimismo por lo que van todos a milicia es para que su vida sea lo mejor que pueda ser, y a los generales los eligen para que en el logro de ese fin los guíen⁸³. 4. Así que el que lleva un generalato eso es lo que debe proporcionarles a los que lo han elegido para general; que, en efecto, ni es fácil hallar cosa más honorable que ésa ni más deshonrosa que la de no hacerlo.» Conque por ese modo examinando cuál era la cualidad propia de un buen jefe, iba dejando las demás de lado y se quedaba con la de hacer felices a aquellos que marcharan bajo su mando.

CAPITULO III.1. Y asimismo con uno que estaba elegido jefe de la caballería tengo noticia de que una vez sostuvo la siguiente conversación: «¿Podrías tú, mi joven amigo—díjole—, explicarnos por qué motivo te entró el deseo de mandar la caballería? Pues, por lo pronto, seguro que no fue por marchar a la cabeza de los jinetes, que lo que es ese honor también a los ar-

81. *Pastor de gentes*, es fórmula que se aplica en *Iliada*, II, 243, y en otros varios pasajes a Agamenón.

82. El verso, de la *Iliada*, III, 179.

83. Esta idea paternalista del monarca la encontramos también en la *Ciropeidia*, I, 6.8.

queros montados se les concede; sí, y aun marchan delante de los jefes de caballería.» «Así es como dices», contestó. «Pues sin duda que no fue tampoco por mor de darte a conocer, ya que también los que están locos vienen a ser conocidos de todo el mundo.» «También en eso—dijo él—tienes razón»⁸⁴. 2. «Pues ¿será entonces porque piensas que puedes mejorar durante tu mando la caballería para entregársela en mejores condiciones al estado, y que, si se ofrece alguna ocasión de valerse de los jinetes, podrás al frente de ellos prestarle al estado algún buen servicio?» «Así es, naturalmente», respondió. «Y en verdad que es, a fe mía—dijo Sócrates—, noble acción si consigues hacer eso. Pero el mando para el que estás elegido se extiende, ¿no?, a caballos y jinetes.» «Pues sí, así es», repuso. 3. «Pues, en fin, ea, explícanos lo primero cómo tienes pensado mejorar a los caballos.» Conque él: «Pero eso—contestó—no pienso que sea misión mía, sino que cada uno debe cuidarse de su caballo por su propia cuenta»⁸⁵. 4. «Entonces, si resulta—dijo Sócrates—que te traen los unos sus caballos tan estropeados de cascos o de remos o tan flojos, y otros tan mal alimentados que no puedan seguir la marcha, y otros tan mal domados que no sepan guardar el puesto donde los coloques, y otros tan coceadores que ni aun ponerlos sea posible en la formación, ¿qué utilidad vas a sacar de tu caballería? O ¿cómo vas a poder, al mando de caballos como éstos, prestarle al estado servicio bueno alguno?» A lo cual él: «Pues sí que tienes razón—le dijo—, y que trataré en la medida posible de cuidarme de los caballos.» 5. «Y ¿qué?: con los jinetes, ¿no vas a intentar—le preguntó—mejorar sus condiciones?» «Sí que lo haré», repuso. «Lo primero, pues, habrás de hacerlos más hábiles en montar.» «Así ha de ser, por supuesto—dijo—; que así, además, si uno de ellos llega a caer de su montura, mejor habrá de poder salvar su

84. Subordinados a los diez estrategos, se nombraban en Atenas dos hiparcos o jefes de caballería, sobre cuya misión tenemos el tratado de Jenofonte titulado *Hipárquico*, en el que aparecen muchas ideas que aquí se le hacen pronunciar a Sócrates.—Los ἵπποτῶντι «arqueros montados», cuerpo seguramente de mercenarios bárbaros, iban a la cabeza como unidad de exploración y vistosa para el desfile.

85. Los ἵππῆς o caballeros aportaban cada uno su caballo (y otro para su escudero) al ejército de ciudadanos, y esta capacidad fue el principio de la distinción de la clase media o de los caballeros, que dan título a la comedia de Aristófanes.

vida.» 6. «Pues ¿qué?: si llega el caso de afrontar algún encuentro, ¿qué harás: mandar traer a los enemigos a la misma pista de arena en que acostumbráis a hacer los ejercicios o intentarás llevar el entrenamiento por parajes semejantes a aquellos en que los enemigos se presentan?» «Por cierto que mejor así», le contestó. 7. «Y ¿qué?: en lo de poder alcanzar a los más enemigos posibles desde los caballos, ¿vas a preocuparte también de conseguirlo?» «Mejor será—dijo—también eso ciertamente.» «Y en cuanto a afilar las almas de los jinetes y excitarlos frente a los enemigos, que es lo que los hace más valientes, ¿tienes algo pensado?» «Bueno, y, si no, ahora por lo menos trataré de hacerlo.» 8. «Y para hacer que te obedezcan los jinetes, ¿tienes algún plan hecho? Pues, en fin, sin eso de poco sirven ni los caballos ni los nobles y los bravos jinetes.» «Tienes razón—le dijo—; pero ¿qué será lo mejor, Sócrates, para dirigirlos por ahí?» 9. «Una cosa en todo caso sí que sabes: que en cualquier empresa están los hombres en la mejor disposición de obedecer a aquellos que consideran los mejores. Que así, en una enfermedad, al que consideran más hábil en medicina es al que más caso le hacen; y en una travesía, al que tienen por mejor piloto; y en la labranza, al que crean que de labranza más entiende.» «Y bien que es verdad», le dijo. «Así que también—siguió—es probable que en la caballería el que demuestre saber mejor lo que hay que hacer será al que más estén dispuestos a obedecer los otros.» 10. «Entonces, con que yo, Sócrates—le dijo—, dé pruebas de ser el mejor entre ellos, ¿será bastante para conseguir que me obedezcan?» «Sí; si además de eso—contestó—les enseñas que el obedecerte a ti va a ser mejor para su honra y su salvación.» «¿Cómo, pues—le dijo—, podré enseñarles eso?» «A fe que más fácilmente—respondió—que si tuvieras que enseñarles que los males son mejores y más ventajosos que los bienes.» 11. «¿Quieres tú decir—le preguntó—que el jefe de caballería, aparte de sus demás deberes, debe también saber hablar?» «¿Y tú crees—repuso—que tiene en silencio que llevar su mando? O ¿no has caído aún en la cuenta de que cuantas cosas tenemos aprendidas, las más altas y nobles, en virtud de convenio y de costumbre, ésas, digo, por las que sabemos cómo vivir, todas las aprendimos por medio de la palabra, y que cualquier otra cosa buena que uno aprenda por la palabra la aprende uno, y que los que mejor enseñan son los que de la palabra usan, y los que más entienden en los más serios conocimientos son los que mejor hablan y razonan?» 12. O ¿no has

parado mientes en el hecho de que cuando se forma, por ejemplo, un coro de ciudadanos de Atenas, como el que suele enviarse a Delos⁸⁶, ninguno de otra parte ninguna puede rivalizar con él ni en otra nación tan hermoso concurso de hombres se reúne como en la nuestra?» «Verdad es como dices», contestó. 13. «Pero ello es que no tanto en buena voz se destacan de los otros los atenienses ni en la talla y la fuerza de los cuerpos como en pundonor y en altas aspiraciones, que es lo que más aguijonea hacia los nobles y honrosos hechos.» «Verdad—dijo él—también es eso.» 14. «Pues entonces—siguió—tú te das cuenta de que también con la caballería de aquí, si uno se toma igual cuidado, también en eso pueden destacar sobre los demás, así en equipo de armas y caballos como en el buen orden y la presta disposición a arrostrar el peligro frente al enemigo, si creían que, obrando así, ganarían alabanza y honra.» «Sí, seguramente», dijo. 15. «Bien, pues no más vaciles—le dijo él—, sino ve intentando dirigir por ahí a tus hombres, de donde tú sacarás provecho y, por medio de ti, los otros ciudadanos.» «Pues, a fe mía, que sí que lo intentaré», le dijo.

CAPITULO IV.1. Y otra vez, al ver a Nicomáquides que volvía de las elecciones, le preguntaba: «¿Quiénes son, Nicomáquides, los que han quedado elegidos para generales?» A lo cual él: «Pues ¿no resulta, Sócrates—contestó—, que son capaces los atenienses de no haberme elegido a mí, asendereado como estoy de hacer campañas por reclutamiento, así al mando de compañía como al de batallón, y que tantas heridas de guerra tengo?—y a la par mostraba, retirándose la ropa, las cicatrices de las heridas—, y, en cambio—dijo—, han elegido a Antístenes, que ni ha servido nunca como soldado de línea y en la caballería no ha tenido ninguna acción notable y que otra cosa no sabe más que recaudar fondos»⁸⁷.

86. Todos los años y con más solemnidad cada cuatro enviaba Atenas, como los otros estados griegos, a la isla de Delos (donde estuvo el tesoro y centro religioso de la liga ática) una *θεωρία* o embajada sagrada, en la que iba un coro que entraba en la competición de cánticos en honor de los dioses délicos (v. IV.VIII.2, nota 166).

87. De los dos rivales por el cargo de estratego, Nicomáquides y Antístenes, no tenemos más noticias.—«Por reclutamiento», *χαραλόλον*, puede también querer decir «desde que estoy en la lista de reclutamiento, desde que llegué a edad militar». Sobre «compañía» y «batallón», v. nota 79.

2. «Bien, pues eso—dijo Sócrates—cosa buena es, si con ello va a poder proveer a las necesidades de la tropa.» «También los mercaderes—contestó Nicomáquides—tienen capacidad para recaudar dinero, mas no por eso van a poder hacer también de generales.»

3. A lo que Sócrates le dijo: «Pero, además, Antístenes es también un hombre codicioso de triunfos, cualidad que en un general es bien propia; ¿no ves que cuantas veces ha tenido el cargo de formar un coro⁸⁸, otras tantas victorias con los coros en su haber tiene?» «Pero, en nombre del cielo—replicó Nicomáquides—, nada tiene que ver dirigir un coro con un ejército.»

4. «Mas es lo cierto—dijo Sócrates—que sin ser nada entendido Antístenes en cánticos, por supuesto, ni en adiestramiento de coros, con todo demostró ser hábil para encontrar a los más capacitados en esas artes.» «Así que, según eso, también en el ejército—dijo Nicomáquides—otros encontrará que ordenen y manden la tropa en lugar suyo y a otros para que combatan.»

5. «De modo que—siguió Sócrates—, si es que también en los asuntos bélicos, al igual que en los corales, va encontrando y escogiendo a los más capaces, probablemente también en eso haya de salir con la victoria, y aun es probable que esté más dispuesto a hacer por su cuenta gastos con vista a la victoria guerrera en compañía de la nación entera que no para la coral con solos los de su tribu»⁸⁹.

6. «¿Quieres tú decir, Sócrates—le dijo—, que es de una misma persona dirigir bien coros y ser buen general?» «Lo que quiero decir—repuso—es que, cualquiera que sea la cosa que dirija uno, si conoce las cosas que hacen falta y es capaz de proveer a ellas, puede ser un buen dirigente, ya sea un coro lo que dirige, o ya una edificación, o ya un estado, o ya un ejército.»

7. A lo cual Nicomáquides: «A fe mía, Sócrates—le dijo—, que no pensara yo nunca oírte decir que pueden los buenos administradores ser buenos generales»⁹⁰. «Pues, en fin—repuso—, vaya, examinemos las actividades de cada uno de ellos, a fin de saber si son unas mismas o se diferencian en algo.» «Sí, de acuerdo», dijo él.

88. *Cargo de formar un coro*: el *χορηγός* (cfr. nota 65), tenía que atender al sostén y la indumentaria del coro y proporcionarle el maestro o *χοροδιδάσκαλος* que lo instruyera.

89. El corego formaba el coro para las competiciones celebradas en Atenas con miembros de su tribu o *φυλή*, y la victoria no era suya personal, sino que recaía sobre ésta.

90. Que el Sócrates de Jenofonte sostenga esta concepción del

8. «Pues entonces—le dijo—, conseguir tener sumisos y obedientes a sus subordinados parece que es cosa de los unos como de los otros.» «Y bien que lo es», le contestó. «Pues ¿qué me dices del encargar cada cosa a los que son apropiados para hacer cada una de ellas?» «También eso», le dijo. «Y por cierto que también el castigar a los malos y premiar a los buenos supongo que les corresponde tanto a los unos como a los otros.» «Pues sí, desde luego», dijo. 9. «Y el ganarse la buena voluntad de los subordinados ¿qué?, ¿no está bien en ambos?» «Sí, también eso», respondió. «Y el atraerse aliados y gentes para su ayuda, ¿te parece que conviene a unos como a otros o no?» «Pues sí, ciertamente», dijo. «Pero y ser capaces de guardar lo que tengan ganado, ¿no es cosa propia de los unos y los otros?» «Y tanto que sí», le dijo. «De modo que así a uno como a otros les está bien ser diligentes y laboriosos en sus actividades.» 10. «Sí; todas esas cosas—contestó—propias de ambos son por un igual, pero el combatir ya no es de ambos.» «Mas lo que es enemigos sí que les surgen a los unos y a los otros.» «Eso desde luego—dijo—sí que es cierto.» «Así que quedar por encima de ellos es cosa que a ambos corresponde.» 11. «Cierto que sí—repuso—; pero te dejas ese punto: que si llega el caso de entrar en combate, ¿de qué van a servir las artes de la administración?» «Pues hete aquí que es en ese caso seguramente donde más—le respondió—, puesto que el buen administrador, sabiendo que nada es tan ventajoso y lucrativo como vencer en batalla a los enemigos ni tan desventajoso y tan ruinoso como el sufrir derrota, con todo empeño buscará y aparejará las condiciones conducentes a vencer, diligentemente examinará las que puedan llevar a la derrota y se guardará de ellas; conquese si ve que los preparativos son como para alcanzar victoria, decididamente combatirá; mas, en cambio—y no es lo menos importante—, si se encuentra mal preparado, se guardará de trabar batalla. 12. No menosprecies, Nicomáquides —prosiguió—, a los hombres de administración y de negocios: pues el cuidado del negocio privado sólo en la cantidad se diferencia del de los comunes; mas es por lo demás en un todo semejante en lo que más importancia tiene: que sin hombres, ni los unos ni los otros se llevan adelante, y no por unos hombres se gestionan los asuntos

estratego como administrador y no especialista del arte militar está, sin duda, en relación con la evolución del cargo a que aludimos en nota 77.

privados y los públicos por otros: que no hay unos hombres especiales de que se valgan quienes cuidan del común distintos de aquellos de que se valen los que administran sus propias posesiones: que los que saben valerse de ellos así llevan felizmente los asuntos privados como los públicos, y los que no saben tanto en uno como en otro sitio vienen al fracaso»⁹¹.

CAPITULO V.1. Y fue una vez que, conversando con Pericles, el hijo de Pericles el famoso⁹², «Yo, Pericles—le dijo—, estoy, desde luego, en la esperanza de que, habiéndosete nombrado a ti para general, ha de ser nuestra nación más fuerte y renombrada en las artes de la guerra y que habrá de vencer a sus enemigos.» A lo cual Pericles: «Bien querría yo, Sócrates—le contestó—, que fuera como dices; pero no puedo imaginar cómo va a poder ser eso.» «¿Quieres, pues—le dijo Sócrates—, que, conversando entre nosotros acerca de ello, examinemos en qué punto está ya desde ahora la posibilidad?» «Sí que quiero», contestó. 2. «Pues entonces, tú sabes—dijo él—que en cuanto a número no son en modo alguno inferiores los atenienses a los beocios.» «Lo sé, en efecto», respondió. «Pues cuanto a hombres de cuerpo fuerte y bien formado, ¿qué piensas?: ¿que de los beocios podrían sacarse más que de entre los atenienses?» «Tampoco en eso me parece que se queden atrás.» «Y ¿cuáles de ellos crees que tienen entre sí mejor concordia?» «Yo diría que los atenienses, pues de los beocios hay muchos que, maltratados por los tebanos, están resentidos contra ellos, mientras que en Atenas no veo nada de eso»⁹³. 3. «Pero a bien que lo que es codiciosos de gloria y ambiciosos

91. Sobre el concepto del gobierno como administración, v. nota 69.

92. Es el hijo que Pericles tuvo con Aspasia (cfr. nota 60), al que los atenienses, al haber muerto en la gran peste sus dos hijos legítimos, otorgaron el derecho de ciudadanía y el nombre del padre; habría de ser uno de los nueve generales vencedores en 406 en las Arginusas y sometidos después al proceso en que intervino Sócrates (v. I.1.18 y nota 8).

93. La preocupación por la vecina potencia beocia que domina este capítulo sugiere para esta parte de los *Recuerdos* una fecha de composición ya en plena época de la preponderancia tebana (v. nota 99), mientras en cambio la Guerra del Peloponeso está lo bastante lejos como para poder incluso poner a Esparta como ejemplo en 15 y 16.—La misma alusión en este párrafo a la hegemonía tebana

lo son más que nadie: cualidades que no son las que menos incitan a arrostrar peligros por la fama y por la patria.» «Tampoco en eso hay nada que reprochar a los atenienses.» «Y aun, por supuesto, que honrosas hazañas de los antepasados no hay quienes puedan contar más y mejores que los atenienses, que es cosa con la que muchos se crecen y les anima a cuidarse de la honra y destacarse en valentía.» 4. «Todo eso que dices, Sócrates, es verdad; pero ya ves que desde que se produjo el desastre de Tólmides y los Mil, en Lebadea, y el de Hipócrates, en Delio, a partir de ahí está del todo decaída la gloria de los atenienses frente a la de los beocios, y levantada está la arrogancia de los tebanos frente a los atenienses, en tal manera que los beocios, que antes ni aun en su propia tierra se atrevían a enfrentarse a los atenienses sin el apoyo de los lacedemonios y los demás peloponesios, ahora amenazan con invadir ellos el Ática con sus propias fuerzas, mientras que los atenienses, que otrora, cuando los beocios se quedaron solos, arrasaron la Beocia, temen que los beocios vengan a devastar el Ática»⁹⁴. 5. A lo cual Sócrates: «Sí, ya me doy cuenta —dijo— de que así están las cosas; pero, a mi parecer, para un hombre de pro que tome el mando ahora encuéntrase el estado en una situación más favorable, pues la confianza en uno mismo engendra en el ánimo descuido y disolución y desobediencia, en tanto que el temor nos hace más atentos y más obedientes y disciplinables. 6. Y puedes tú mismo comprobarlo por lo que en los barcos pasa: que, sí, cuando se da el caso de que nada tienen que temer, son todo indisciplinados los marineros; mas al punto que hay a la vista temor de tormenta o de enemigos, no sólo ejecutan todo lo que se les manda, sino aun se están callados a la expectativa de lo que se les va a ordenar, igual que danzarines de algún coro.» 7. «Pues bien—dijo Pericles—, si es que ahora han de estar en las mejores condiciones para obedecer, bien sería momento de ra-

sobre Beocia y el descontento de los demás beocios se refiere mejor a fecha más tardía.

94. En la batalla de Lebadea o Coronea (son dos lugares inmediatos) en el año 446, Beocia y Mégara se liberaron de los atenienses, que perdieron allí además mil hombres y al general Tólmides (v. Tucídides I. 113). En la del santuario de Delio, en 424, en que se señalaba la prepotencia de Beocia sobre Atenas (Tuc. IV 93-96), parece que tomó parte el propio Sócrates (véase Platón *Simp.*, 221 a). —Atenas había invadido Beocia en varias campañas de la Guerra del Peloponeso.

zonar de cómo podremos hacerles volver a enamorarse del valor antiguo y del antiguo renombre y prosperidad.» 8. «Pues bien—dijo Sócrates—, si quisiéramos que reclamaran riquezas que poseyeran otros, sería demostrándoles que ellas eran de sus padres y que les corresponden como más eficazmente les incitaríamos a recobrarlas; y así, como lo que queremos es que se empeñen en sobresalir entre todos por su valor, así mismo hay que mostrarles que eso es cosa que desde antiguo les corresponde a ellos más que a nadie, y que, si se empeñan en lograrlo, habrán de quedar por encima de todos.» 9. «¿Cómo, pues, podremos enseñarles eso?» «Pienso yo que haciéndoles recordar—cosa que ellos ya tienen bien oída—que sus antepasados, los más antiguos de que tenemos noticia, es constante que fueron los mejores.» 10. «¿Te refieres al juicio entre los dos dioses, en que los atenienses de Cécrope fueron los que por su valor dieron sentencia?» «Me refiero, sí, y también a la crianza y nacimiento de Erecteo y a la guerra que en su tiempo se produjo contra todos los de la región vecina, y a la otra de cuando los heraclidas contra los del Peloponeso, y a todas las que en tiempo de Teseo se pelearon, en las cuales todas consta que aquéllos demostraron estar en valor por cima de los hombres de su tiempo»⁹⁵. 11. Y también, si quieres, las ac-

95. Disputándose Atena y Posidón el dominio y patronazgo del Ática, con motivo de lo cual hizo brotar éste de una coza de su caballo una fuente salada en la acrópolis y Atena un olivo, fue Cécrope, uno de los reyes fundadores de Atenas, el que sentenció a favor de ésta o bien fue testigo decisivo para que los dioses sentenciaran a su favor. —Erecteo o Erictonio, el héroe autóctono, esto es, nacido de la tierra y criado por Atena (así ya en *Iliada*, II, 547 s.), tiene su nombre (y su sepulcro, a lo que se dice) ligado con el templo del Erecteo; habría tenido que afrontar una guerra con los eleusinos y los tracios, que llegaban entonces a las fronteras del Ática, en la que una de sus tres hijas (Herse, Aglauro y Pándroso) hubo de ser sacrificada.—Los atenienses pretendían que había sido por su intervención como los hijos de Hércules (en los que hay que reconocer tal vez a los invasores dorios) habían vencido a los antiguos habitantes del Peloponeso (véase Heródoto IX, 27, y la tragedia de Eurípides *Los Heraclidas*).—Teseo, el debelador de monstruos nacional que hace par con Hércules, último de los reyes míticos y fundador de la unidad de la nación ática, sostuvo guerras tal vez contra los peloponesios de la Argólida (aunque en la citada tragedia esto se atribuye a su hijo Demofonte), y, como es notorio, contra el imperio marítimo de Minos, por un lado, contra tracios y amazonas por el otro.

ciones que sus descendientes, pero vividos no mucho antes de nosotros, realizaron, las unas ellos solos por sí, luchando contra los dominadores del Asia entera y de la Europa hasta Macedonia, poseedores de las mayores fuerzas y recursos que hasta entonces había habido y de las más grandiosas proezas ejecutores, y las otras yendo a la par con los peloponesios a la cabeza, así por tierra como por mar; hombres, en fin, aquellos de quienes también se estima que fueron muy superiores a todos los de su tiempo»⁹⁶. «Sí, así se cuenta de ellos», dijo él. 12. «Pues ello es, en efecto, que habiéndose producido en Grecia tantas migraciones de pueblos, ellos permanecieron en su tierra⁹⁷; y muchos fueron los que, encontrándose enfrentados en litigios, recurrían al arbitrio de ellos, y muchos los que, al verse oprimidos por otros más potentes, entre ellos acudían a refugiarse.» 13. Conque Pericles: «Sí, y que yo me asombro, Sócrates—le dijo—, cómo habrá sido que haya nuestra nación caído en esta decadencia». «Por mi parte creo—dijo Sócrates—que, así como hay campeones deportivos que, por tener mucha superioridad y vencer fácilmente, vienen a fuerza de abandonarse a quedar por bajo de sus rivales, así también los atenienses, por lo muy aventajados que estaban, han venido a descuidarse y así los tienes tan venidos a menos.» 14. «Y entonces ahora—dijo—, ¿qué tendrían que hacer para recobrar el valor antiguo?» A lo cual Sócrates: «No me parece que sea ningún misterio, más que, si descubren las maneras de vida de sus antecesores y con no menor empeño que ellos las cultivan, no menos buenos que ellos habrán de hacerse; y si no, imitando al menos a los que ahora están a la cabeza y siguiendo los mismos modos de vida que éstos, si con igual empeño que ellos los cultivan, no menos buenos que ellos habrán de ser, y si con más empeño, aun mejores.» 15. «Lejos me pones—dijo él—a nuestra nación del estado de nobleza y de valía. Pues ¿cuándo van los atenienses

96. En las guerras médicas los atenienses estuvieron solos frente a los persas en Maratón y dirigieron la lucha junto con los espartanos en batallas sucesivas, como la marítima de Salamina y la de Platea. Los *Μαραθονομάχοι* o luchadores de Maratón eran los patriotas por excelencia, tal como aparecen en la comedia vieja; y estas gestas se hicieron el principal timbre de gloria de Atenas, que podemos ver tipificado, por ejemplo, en el *Panegírico* de Isócrates.

97. La *autoctonía*, es decir, ser hijos de la tierra y haber permanecido al margen de todos los movimientos de pueblos, era principal y arraigada pretensión de los atenienses.

alcanzan, ni siquiera de varias cosas que entre sí estén más cerca todavía pueden a la par ver las de delante y las de detrás; pero dos hermanos que estén en amistad, por muy alejados que se encuentren, obran a la par y para ayuda del otro cada uno.»

CAPITULO IV.1. Y le oí una vez también acerca de amigos conversando, conversación de la que me parecía que podía sacar uno el mayor provecho para ganar amigos y valerse de ellos. Pues, en fin, lo que es decir, contaba él que había oído decir a muchos que de todas las posesiones era la más valiosa un amigo claro y bueno; mas en cuanto a poner cuidado en ello, decía que la mayoría de los hombres veía él que de cualquier asunto se cuidaban más que de ganar amigos. 2. Pues lo mismo casas que campos que esclavos que ganados y muebles decía él que los veía procurárselos afanosamente y cómo trataban de conservar los que tenían; pero un amigo, que es el mayor bien que dicen que hay, decía que la mayoría no veía él que se preocuparan ni de cómo ganárselo ni de cómo conservar los que tenían. 3. Cómo, que incluso, en caso de encontrarse enfermos amigos y criados, decía que veía a algunos que a los criados les traían médicos y les preparaban afanosamente los demás medios procedentes a su salud, mientras que de los amigos se desentendían, y que, en caso de haber muerto unos y otros, sobre los criados se condolían y lo tomaban como gran perjuicio, en tanto que con los amigos no creían que sufrieran ninguna mengua; y que, en fin, mientras de las demás posesiones no dejaban nada sin atención y vigilancia, de los amigos, que más necesitaban de cuidado, se olvidaban. 4. Y todavía más, que dijo que los más de los hombres veía él que de las otras posesiones, por muchas que tuvieran, sabían bien la cuenta y número; pero que de los amigos, siendo tan pocos, no sólo su número no lo conocían, sino que, al tratar de hacer una lista a los que sobre ese punto les preguntaran, algunos que habían puesto entre los amigos luego se volvían a borrarlos, que tanto era lo que de sus amigos se preocupaban. 5. Y, sin embargo, ¿con qué hacienda de las otras podía un buen amigo compararse que no la aventajara en mucho? Pues ¿qué tan buen caballo o qué tan buena yunta tan útil como el amigo noble y servicial? Y ¿cuál esclavo de tan buena voluntad y de tal constancia? O ¿cuál otra posesión tan de todo en todo beneficiosa? 6. Pues el buen amigo pónese él a disposición para todo lo que al amigo falte, así en el arreglo de las privadas propiedades como en la atención

de los asuntos públicos; y así, si hay que prestarle ayuda a algún otro, contribuye con sus medios, y si algún temor hostiga, acude al socorro, unas veces compartiendo los gastos, otras asociándose a los trabajos, y las unas ayudando a persuadir, las otras obligando por la fuerza, y siendo en la buena fortuna la mayor alegría y en la desgracia el apoyo más fuerte para levantarse. 7. Y de todos los servicios que a cada cual las manos le rinden manejando las cosas y adelantándose los ojos a ver y los oídos a escuchar y cumpliendo los pies su trecho, no se queda atrás el amigo en ninguno de ellos; y muchas veces lo que uno mismo en su favor no ha ejecutado, o no lo ha visto, o no lo ha oído, o no lo ha recorrido, ese oficio lo cumple el amigo por el amigo. Pues con todo eso hay algunos que se afanan en cuidar los árboles en atención al fruto, pero de la posesión más fructuosa de todas, la que se llama amigo, no se cuidan los más de los hombres sino perezosa y desmayadamente.

CAPITULO V.1. Y escuché también una vez otra conversación suya, que, a mi parecer, invitaba al que la oyera a investigar acerca de sí mismo de cuánto les valía a los amigos. Pues es ello que, habiendo visto a uno de los que con él andaban que se desentendía de un amigo agobiado por la pobreza, le preguntó a Antístenes⁵¹ delante del desentendido y de muchos otros: 2. «Oye, Antístenes —le dijo—, ¿hay alguna manera de precios para los amigos, como los hay para los esclavos? Pues de los esclavos el uno viene a tener precio de dos minas, el otro ni aun de media, y uno de cinco minas, y otro hasta de diez; y Nicias, el de Nicé-rato, se dice que ha comprado un capataz para sus minas de plata por precio de un talento. En fin, pues eso es lo que estoy investigando —dijo—, si es que, en efecto, igual que para los criados, así también hay precios para los amigos⁵².» 3. «A fe mía

51. Antístenes, de quien arranca la actitud cínica, que profun-diza en la contradicción entre la verdadera virtud y las virtudes socia-les o respetos humanos, fue tal vez el primero que escribió diálogos socráticos a la muerte del maestro; en III.XI.17 (v. nota 121) Só-crates lo cita con orgullo entre sus inseparables. Es muy posible que en estos *Recuerdos* y en la *Apología* Jenofonte se inspirara más de una vez en las obras socráticas de Antístenes, perdidas para nosotros.

52. La *mina*, suma de 100 dracmas, venía a equivaler a unos 92 francos oro; el *talento* era la suma de 60 minas. De modo que el esclavo más barato de los citados, *ni aun de media mina*, valdría

que sí —contestó Antístenes—; yo, sin ir más lejos, hay alguno que en más de dos minas apreciaría que fuera amigo mío, y un otro que no puedo evaluarlo ni aun en media mina, y algún otro que aun a precio de diez minas lo tomaría, y otro que paga-ría yo todas las riquezas y fatigas porque me fuera amigo.» 4. «Así que entonces —dijo Sócrates—, si es verdad que es así la cosa, bueno habrá de ser que uno se examine, a ver en cuánto precio, pues, puede venir a ser para los amigos y tratar de valer un precio lo más alto posible, a fin de que los amigos sea menos fácil que lo vendan. Pues a la verdad que yo —dijo— muchas veces oigo decir a uno que lo ha vendido un amigo suyo, a otro que por ganar una mina ha preferido dejarlo a él un hombre al que tenía por amigo. 5. Todas estas cosas, y tales como éstas, estoy yo considerando, no vaya a ser que, igual que cuando quiere uno vender un esclavo malo y lo cede por lo que se le ofrece, así también al amigo malo, cuando se ofrezca sacar por él más de su precio, resulte remunerador venderlo. Pero ni los buenos criados veo yo que se les ponga nunca mucho en venta ni a los buenos amigos que se les traicione.»

CAPITULO VI.1. Y también, a mi parecer, educaba el juicio para hacer estimación de amigos y de cómo habían de ser los que merecieran la pena de ganárselos, cuando hablaba del siguiente modo: «Escúchame —decía—, Critobulo⁵³: si sucede que tene-mos falta de un buen amigo, ¿cómo habremos de emprender por él pesquisas? ¿Habrá que buscar, en primer lugar, a uno que sea capaz de dominar su apetito y su amor a la bebida, su lujuria, su sueño y su pereza? Pues el que esté por ellos dominado ni es posi-ble que en su propio bien pueda hacer nada de lo que debe ni en el de un amigo.» «A fe mía que no, desde luego» dijo. «Así que entonces al que por esos males esté vencido te parece que hay

46 francos oro, unas 1.000 pesetas actuales, y el más caro, unos 5.500 francos oro, o sea, algo más de 100.000 pesetas actuales; pero de calcular por el valor adquisitivo, habría que multiplicar las ci-fras a lo menos por tres o cuatro.—Nicias es el famoso estratego de la expedición contra Sicilia (v. Tucídides, VI, 8 y ss., y Plutarco en su biografía, donde nos habla de su riqueza y lujo).—Las minas de plata de Laureo, importante fuente de riqueza del Estado ate-niense, gozaban fama de ser el sitio en que la esclavitud, masiva-mente organizada, tomaba formas más duras.

53. Critobulo ya ha aparecido en I.III.8 (v. nota 28).

que dejarlo fuera de la cuenta.» «Pues sí, sin duda», dijo. 2. «Pues ¿qué: aquel que, siendo gastador, no tenga medios propios, sino que esté siempre pidiéndoles a los que tiene al lado, y que, de recibir algo, no pueda devolverlo, y, de no recibirlo, coja odio al que no le da, ¿no te parece que también ése es bien difícil para amigo?» «Sí, ya lo creo», dijo. «Así que ¿también hay que evitar a ése?» «Evitarlo, sea como sea», contestó. 3. «Pues ¿qué: aquel que hacer dinero sí que sabe, pero tiene mucha ansia de riqueza y por eso resulta de mal trato, que de recibir sí gusta, pero a pagar no está dispuesto?» «A mí me parece —dijo— que ése es todavía peor que el anterior.» 4. «Pues, ¿qué dices de aquel otro que, por el ansia de hacer dinero, no se dé tiempo ni reposo para otra cosa alguna que de donde pueda sacar provecho?» «También hay que librarse de ése, a mi parecer: pues de poca utilidad podrá ser para el que con él trate.» «Y ¿qué de aquel otro que es hombre revoltoso y que procura crearles multitud de enemigos a sus amigos?» «También de ése habrá que huir, a fe mía.» «¿Y si hay uno que de todos esos vicios está libre, pero, cuando se le hace un bien, con él se aguanta, sin preocuparse para nada de pagar bien por bien?» «De mal provecho puede ser también ése. Pero, ¿a qué clase de hombre, Sócrates, trataremos de hacer amigo nuestro?» 5. «Supongo yo que a aquel que, al revés de todo eso, tenga dominio sobre los goces de su cuerpo y se vea que es acogedor y de buen trato y celoso en no quedarse atrás en hacer bien a los que bien le hagan, de modo que reporte beneficio tratar con él.» 6. «Pues entonces, ¿cómo podemos, Sócrates, hacer estimación de tales cualidades antes de iniciar el trato?» «A los escultores —dijo— los estimamos no según el testimonio de sus palabras, sino que el que vemos que las esculturas que tiene hasta el momento hechas son de buena obra, en ése confiamos que también las que haga en adelante las hará bien.» 7. «¿Quieres decir, en suma, que también el hombre —dijo— que a los amigos de antes se vea que los trata bien, es claro que igualmente a los de después les dará buen trato?» «Sí, puesto que también a los caballos —contestó— aquél que veo que a los que ha tenido los maneja bien, pienso que es probable que igualmente se maneje bien con otros.» 8. «Sea —dijo—; pero aquel que nos haya parecido que merece nuestra amistad, ¿cómo hay que hacer para ganarlo por amigo?» «Lo primero —respondió— habrá que atender a las señales de la voluntad divina, a ver si nos aconsejan hacerlo amigo nuestro.» «Y luego, ¿qué?: al que a nosotros

nos parezca bien y los dioses no se le opongan, ¿puedes decir cómo habrá que hacer para cazarlo?» 9. «A fe mía —contestó— que no a la carrera como la liebre ni por reclamo como los pájaros ni tampoco por violencia como los enemigos. Pues atrapar amigo mal de su grado mal trabajo es, y difícil también retenerlo atado como a un siervo; que enemigos vienen a ser más que no amigos aquellos con los que así se obra.» 10. «Y amigos, ¿cómo?», preguntó. «Dicen que hay unos ciertos encantamientos⁵⁴, que los que los saben, recitándolos a intención de los que quieren ganarse, se los ganan por amigos, y que hay también algunas pócimas, que aquellos que las conocen, aplicándolas a quienes quieran, son amados por ellos.» 11. «¿De dónde, pues —le dijo—, podemos aprender esos secretos?» «Los encantamientos que las sirenas le cantaban a Ulises ya se los has oído a Homero, que su comienzo es algo como esto:

*Ven aquí, ea, Odiseo famoso, honor de los griegos*⁵⁵.

«Entonces, Sócrates —le dijo—, ese encantamiento, ¿es el que les cantaban también a los demás hombres las sirenas para retenerlos, de modo que no pudieran los que eran encantados apartarse de ellas?» 12. «No, sino que era a los que codiciaban gloria de su valor a los que así cantaban.» «Vienes a querer decir que los encantamientos que a cada cual se le reciten tienen que ser tales que no pueda él crecer, al oírlos, que el que se los recita lo está haciendo por burla.» «Claro, porque, si no, seguramente se hará uno más odioso y espantará de sí a los hombres, si al que sabe que es pequeño y feo y de pocas fuerzas lo alaba con mención de lo hermoso que es y lo grande y fuerte.» «Y otros encantamientos, ¿sabes todavía?» 13. «No, pero sí que he oído que Pericles sabía muchos, que recitándoselos al pueblo, le obligaba a tenerle amor.» «Y Temístocles, ¿cómo hizo que le tuviera amor el pue-

54. A los encantamientos (ἐπωδαί) y pócimas mágicas (ψιλλ-τρὰ) de amor se hace también referencia en III.XI.16-17 (v. nota 121); y v. en el *Cármides*, 157 a, donde «esos encantamientos son los razonamientos hermosos». La reducción de lo mágico a lo racional (que es, por supuesto, también y a la par lo inverso), era, sin duda, procedimiento favorito de Sócrates.

55. Es el comienzo del pasaje de la *Odisea*, XII, 184 y ss.

ciones que sus descendientes, pero vividos no mucho antes de nosotros, realizaron, las unas ellos solos por sí, luchando contra los dominadores del Asia entera y de la Europa hasta Macedonia, poseedores de las mayores fuerzas y recursos que hasta entonces había habido y de las más grandiosas proezas ejecutores, y las otras yendo a la par con los peloponesios a la cabeza, así por tierra como por mar; hombres, en fin, aquellos de quienes también se estimó que fueron muy superiores a todos los de su tiempo»⁹⁶. «Sí, así se cuenta de ellos», dijo él. 12. «Pues ello es, en efecto, que habiéndose producido en Grecia tantas migraciones de pueblos, ellos permanecieron en su tierra⁹⁷; y muchos fueron los que, encontrándose enfrentados en litigios, recurrían al arbitrio de ellos, y muchos los que, al verse oprimidos por otros más potentes, entre ellos acudían a refugiarse.» 13. Conque Pericles: «Sí, y que yo me asombro, Sócrates—le dijo—, cómo habrá sido que haya nuestra nación caído en esta decadencia». «Por mi parte creo—dijo Sócrates—que, así como hay campeones deportivos que, por tener mucha superioridad y vencer fácilmente, vienen a fuerza de abandonarse a quedar por bajo de sus rivales, así también los atenienses, por lo muy aventajados que estaban, han venido a descuidarse y así los tienes tan venidos a menos.» 14. «Y entonces ahora—dijo—, ¿qué tendrían que hacer para recobrar el valor antiguo?» A lo cual Sócrates: «No me parece que sea ningún misterio, más que, si descubren las maneras de vida de sus antecesores y con no menor empeño que ellos las cultivan, no menos buenos que ellos habrán de hacerse; y si no, imitando al menos a los que ahora están a la cabeza y siguiendo los mismos modos de vida que éstos, si con igual empeño que ellos los cultivan, no menos buenos que ellos habrán de ser, y si con más empeño, aun mejores.» 15. «Lejos me pones—dijo él—a nuestra nación del estado de nobleza y de valía. Pues ¿cuándo van los atenienses

a tener ese respeto por la edad que tienen los lacedemonios, ellos que en su desprecio por los mayores empiezan por sus propios padres, o cuándo van a ejercitarse como aquéllos de sus cuerpos, ellos que no sólo se desentienden de su salud y robustez, sino que aun se burlan de los que se cuidan de ello? 16. Y ¿cuándo van como aquéllos a obedecer a sus gobernantes, ellos que aun tienen a gala hacer desprecio de los que gobiernan, o cuándo conseguirán el acuerdo que aquéllos, éstos que, en vez de colaborar entre sí para lo que sea conveniente, se punzan unos a otros y se miran a sí mismos peor que a los demás hombres y que más que ningunos se disputan así en los tratos privados como en los públicos y más pleitos que nadie sostiene unos con otros y más quieren sacarse unos a otros provecho de ese modo que no entre sí prestándose ayuda, y que, los negocios del común teniéndolos como ajenos, por ellos, sin embargo, se disputan igualmente y con nada disfrutan más que con tener poder para llevar tales contiendas adelante?»⁹⁸. 17. De todo lo cual resulta que se infunde en la nación tanto vicio y vileza, y se engendra mucha enemistad y odio entre los ciudadanos, con lo cual estoy yo siempre en gran temor de que le sobrevenga a nuestro estado alguna desgracia tal que más no pueda soportarse»⁹⁹. 18. «No, Pericles, no—repuso Sócrates—, no pienses que padecen los atenienses de tan incurable perversión: ¿no ves qué disciplinados son en la marinería, y con cuánta disciplina en las competiciones deportivas obedecen a sus directores, y cómo en los juegos corales a nadie ceden en atender a los maestros de coro?» 19. «Pues por cierto que también eso—contestó—es cosa extraña, que, mientras hombres de esas condiciones prestan obediencia a los que los dirigen, en cambio los soldados de línea y los jinetes, que están en la opinión de ser en hombría de bien los primeros de los ciudadanos, sean los más desobedientes de todos»¹⁰⁰. 20. Conque siguió Só-

96. En las guerras médicas los atenienses estuvieron solos frente a los persas en Maratón y dirigieron la lucha junto con los espartanos en batallas sucesivas, como la marítima de Salamina y la de Platea. Los *Μαχηθονομάχοι* o luchadores de Maratón eran los patriotas por excelencia, tal como aparecen en la comedia vieja; y estas gestas se hicieron el principal timbre de gloria de Atenas, que podemos ver tipificado, por ejemplo, en el *Panegírico* de Isócrates.

97. La *autoctonía*, es decir, ser hijos de la tierra y haber permanecido al margen de todos los movimientos de pueblos, era principal y arraigada pretensión de los atenienses.

98. Sobre el filolaconismo que en estos párrafos se revela, frente a la virtud autocrítica de Atenas, que tan extrañamente se hace aquí despreciar a Sócrates (siendo el párrafo mismo una muestra de tal virtud), ya se ha indicado algo en nota 93.

99. El agorero temor del joven Pericles no puede menos de sonar a una profecía *post festum*, y hacernos pensar que esta parte de los *Recuerdos* está escrita en fechas posteriores a la batalla de Leuctra, de 371.

100. Pues, a diferencia de los marineros, por ejemplo, los sol-

crates: «Y el Consejo del Areópago¹⁰¹, Pericles, ¿no está compuesto de hombres de valía y honradez probadas?» «Y bien que sí», le respondió. «¿Sabes de otros—siguió él—que de un modo más noble o más legal o más digno o más justo sentencien en los juicios y lleven a cabo sus demás funciones?» «A éstos—contestó—no tengo nada que reprocharles.» «Pues bien, entonces—dijo—no hay por qué desalentarse de que sean incapaces de disciplina los atenienses.» 21. «Mas es el caso que, lo que es en los asuntos militares—dijo él—, donde más hay que ser templado y disciplinado y obediente, a ninguno de estos puntos prestan atención.» «Porque acaso—dijo Sócrates—en esos asuntos son los menos entendidos los que mandan en ellos. ¿No observas que en los citaristas y en los coros y en los danzarines nadie se pone a dirigir sin entender de ello, así como tampoco en los luchadores de palestra ni de lucha libre? No, sino que todos los que llevan la dirección en esas actividades tienen que mostrar de dónde han aprendido lo que saben de aquello que dirigen; y, en cambio, los más de los generales se dedican a la improvisación.» 22. No creo yo, sin embargo, que seas tú uno de esos, sino supongo que igual de bien puedes explicar cuándo empezaste a aprender el arte de mandar ejércitos que cuándo el arte de luchar en la palestra; y aun supongo que muchas de las nociones de estrategia de tu padre las habrás guardado como por herencia, y que otras muchas las tendrás recogidas de cualquier sitio en donde había ocasión de aprender algo útil para el arte del mando. 23. Y bien sé que mucho habrás de preocuparte de que no se te pase que ignoras algo de lo que sea útil para el generalato, y que, si algo de eso te das cuenta de que no lo sabes, te pondrás a buscar a los que en ello entienden, sin escatimarles regalos ni agradecimientos con tal de aprender de ellos lo que no sepas y tenerlos como ayudas valiosas.» 24. Conque Pericles: «No se me escapa, Sócrates—repuso—, que no porque creas que tampoco yo me cuido de esas cosas me lo

dados de infantería pesada (ὀπλιῖται) y los de caballería (véase nota 85) se reclutaban tradicionalmente entre los ciudadanos de buena posición.

101. El Consejo del Areópago (o Colina de Ares) era el más antiguo y venerable tribunal de Atenas, formado por ciudadanos que habían sido arcontes y rendido cuentas de su cargo; dedicado a los delitos de sangre y reducido en la democracia a las cuestiones de carácter religioso, conservaba, sin embargo, la autoridad moral que aquí se ve.

dices, sino tratando de mostrarme que el que haya de ser general de todas ellas tiene que cuidarse. Pero en todo caso, estoy contigo de acuerdo en eso.» 25. «Y una cosa, Pericles—siguió él—, ¿has parado mientes en que por delante de nuestro territorio corren altas montañas que se prolongan hacia la Beocia, por las cuales hay pasos para nuestra tierra estrechos y pendientes, y que por el centro está también ceñido de montes escarpados?»¹⁰². «Sí que es cierto», respondió. 26. «Y óyeme: ¿has oído contar que los misios y los pisidios¹⁰³, en el territorio del Gran Rey ocupando terrenos muy escarpados y estando armados a la ligera, consiguen con sus correrías hacer mucho daño al territorio del Rey y mantener ellos su libertad?» 27. «También de eso—respondió—tengo noticias.» «Y los atenienses, ¿no crees—le dijo—que, escogidos de la edad más ágil y con armas más ligeras armados, ocupando los montes que cubren nuestra frontera, pueden inferir daños a los enemigos y constituir un baluarte del país para sus conciudadanos?»¹⁰⁴. A lo que Pericles. «Todo eso, Sócrates—le dijo—, pienso que es también de utilidad.» 28. «Pues bien—dijo Sócrates—, si la idea te place, pon mano a ella, mi ilustre amigo: que todo lo que de ello lleves a buen término, honroso para ti será y provechoso para el estado; y aun si fallares en algo de ello, no vas a hacer al estado daño ni a deshonorarte tú por eso.»

CAPITULO VI.1. Pues a Glaucón el de Aristón, cuando trataba de hablar a la asamblea, ansioso de ponerse al frente de la nación, sin tener cumplidos veinte años, ningún otro de los amigos y familiares podía contenerlo de correr la suerte de ser echado de la tribuna abajo y quedar en ridículo sino Sócrates, que, teniéndole voluntad por el amor de Cármides el de Glaucón y por el de Platón, fue el único que le hizo desistir de ello¹⁰⁵.

102. Montes como el Parnete y el Citerón separaban el Ática de Beocia; por el Ática se levantaban, por ejemplo, el Licabeto, el Pentélico, el Himeto.

103. De los misios y los psidios, pueblos del Asia Menor que se mantenían independientes dentro del dominio del imperio persa, habla Jenofonte en la *Anábasis* (v., p. ej., II, 5.13, y III, 2.23).

104. Alude a los περιπολοι, efebos encargados del servicio de vigilancia de las fronteras de los 18 a los 20 años.

105. Glaucón es el hermano de Platón, que con el otro hermano, Adimanto, conversa con Sócrates en la *República*; eran nietos (por

2. Pues ello fue que, habiéndose encontrado con él, lo primero, para hacerle entrar en gana de oírle, le detuvo y le habló así: «Glaucón—le dijo—, ¿así que tienes pensado convertirtenos en gobernante de la nación?» «Así es, Sócrates», le respondió. «A fe mía—le dijo—que cosa honrosa es esa, si las hay entre los hombres. Pues es claro que, si sales con ello, poder tendrás para alcanzar tú todo lo que desees, y en condiciones estarás de ayudar a tus amigos, ensalzarás la casa de tus padres y aumentarás la grandeza de la patria, con que vendrás a ser renombrado, primero en el país, después en la Grecia entera, y puede que aun, como Temístocles, entre los bárbaros; y dondequiera que estés, gozarás de consideración por todas partes.» 3. Conque Glaucón, oyendo tales cosas, se ponía ufano, y gustoso se quedaba con él. Y Sócrates a continuación: «Entonces, Glaucón—le dijo—, una cosa está clara, y es que, si quieres ganar honores, has de ponerte a hacerle bien a la nación.» «Pues claro que sí», repuso. «Por tu vida—le dijo—, pues entonces no seas reservado, sino dinos por dónde vas a empezar hacerle bien a la nación.» 4. Mas, una vez que Glaucón se quedó callado un rato, como si se pusiera entonces a considerar por dónde empezaría, «¿Será acaso—siguió Sócrates—que así como, si quisieras engrandecer la casa de un amigo, tratarías seguramente de ir haciéndola más rica, así también vas a intentar hacer más rica a la nación?» «Por supuesto que sí», le respondió. 5. «Pues entonces será seguramente más rica si aumentan sus ingresos.» «Sí, claro, probablemente.» «Pues cuenta, en fin—le dijo—, de qué fuentes le vienen ahora los ingresos al estado y a cuánto montan. Que es evidente que lo tendrás bien examinado, con el fin de acrecentar los que se encuentren deficientes y añadir otros que se hayan descuidado.» «Ah, pues, a fe mía—respondió Glaucón—, que esas cuestiones no las tengo bien examinadas.» 6. «Bien, pues si eso—dijo él—lo has descuidado, explícanos, al menos, los gastos de la nación, que es claro

que también pensarás en cercenar de ellos los que sean excesivos.» «Pues, a fe, ya ves—le dijo—, tampoco he tenido tiempo todavía de dedicarme a eso.» «Bien, entonces—dijo él—dejaremos para otro rato lo de hacer más rica a la nación, pues ¿cómo va a ser posible, sin conocer los gastos y los ingresos, ocuparse de ellos?» 7. «Pero es que, Sócrates—contestó Glaucón—, también se puede enriquecer a la nación a costa de los enemigos.» «A fe mía que sí y que mucho—dijo Sócrates—, si sale uno victorioso de ellos; mas si queda vencido, aun puede perder de añadidura lo que tenga.» «Verdad es como dices», contestó. 8. «Conque entonces—siguió él—aquel que vaya a hacer una propuesta sobre contra quiénes hay que hacer la guerra deberá saber la fuerza de la nación y la de los contrarios, a fin de, si resulta ser superior a la de aquélla, aconsejar el ponerse a la guerra, y si lo es la de los adversarios, persuadir de guardarse de ello.» «Justo es lo que dices», respondió. 9. «Así que lo primero, pues—siguió—, dínos cuál es la fuerza de tropa y la naval de la nación y luego la de los enemigos.» «Bien, por fe mía—dijo él—, no voy a poder así, de memoria por lo menos, decir eso.» «Bien; pues si lo tienes por escrito, venga acá—le dijo—, que con mucho gusto habré de oírlo.» «Sí; pero es que a fe—le respondió—que tampoco lo he puesto nunca por escrito.» 10. «Así que entonces—dijo—también nos abstendremos, de momento, de presentar propuestas sobre la guerra, pues tal vez es, además, que por la amplitud misma de las cuestiones, teniendo el poder en tus manos desde hace poco, no las tienes por eso todavía examinadas. Ahora que de seguro que acerca de la guardia del territorio bien de reflexiones sé que tendrás hechas y que sabrás cuántas guarniciones son oportunas y cuántas no y cuántos contingentes son para ellas suficientes y cuántos no lo son; conque las guarniciones que oportunas sean propondrás aumentarlas, y, en cambio, las superfluas suprimirlas.» 11. «Todas, pues, a fe mía—contestó Glaucón—, las suprimiría, teniendo en cuenta que lo que hacen con mantenerse allí de guardia es saquear los frutos de la tierra.» «Pero si se suprimen las guarniciones—dijo—, ¿no crees que le quedará terreno libre para robar y saquear todo el que quiera? Pero y eso—siguió—, ¿es que has ido allí para hacer esa investigación o cómo sabes que cumplen mal con su servicio las guarniciones?» «Lo deduzco», contestó. «Entonces—dijo—también sobre ese asunto aguardaremos para proponer algo al momento en que no deduzcamos, sino que sepamos ya de cierto.» «Acaso—respondió Glaucón—sea mejor

la madre, Perictiona) de Glaucón el viejo, a quien se nombra más abajo, y sobrinos, por tanto, de Cármides, compañero de Sócrates y que da título al *Cármides*. Es la única vez que Jenofonte menciona a Platón, el cual, por su parte, no lo nombra nunca.—Desde los dieciocho años el joven era ciudadano y podía intervenir, por tanto, en la Asamblea. A veces los *οἰχοί*, guardias o alguaciles, podían hacer bajar de la tribuna a un orador sobrado inconveniente (cfr. Platón *Prot.* 319 c).

así.» 12. «Pues lo que es las minas de plata ¹⁰⁶, desde luego —siguió él— bien cierto sé que no te has llegado allá para estar en condiciones de explicar por qué se saca ahora menos producto de ellas que no antes.» «Pues no, efectivamente—respondió—; no he estado allá.» «Sí; porque además, a fe mía—dijo Sócrates—, la región aquella se dice que es de muy mal clima, al punto de que, cuando haya que dar opinión acerca de ese asunto, eso podrá servirte como excusa.» «Hay rechifla a mi costa», dijo Glaucón. 13. «Pero una cosa, al menos—siguió él—, si que sé que no la tienes descuidada, sino que bien examinado tienes para cuánto tiempo el trigo nativo del país da abasto a sostener a la nación y cuánto falta para llenar el año ¹⁰⁷, con vistas a que en eso al menos no te coja nunca desprevenido alguna falta en que pueda la nación hallarse, sino que, bien enterado de ello, puedas con tu consejo acerca de las materias de primera necesidad aportar a la nación remedio y mantenerla a salvo.» «Tremendo asunto—dijo Glaucón—es ese que propones, si es que también de esas cuestiones va a tener uno que ocuparse.» 14. «Bien, pero lo cierto es—repuso Sócrates—que tampoco puede uno bien administrar su propia casa como no sepa todo lo que hace falta y todas las faltas se preocupe de remediarlas. Mas, visto que nuestra ciudad está compuesta de más de diez mil casas y que difícil es ocuparse de tantas a la par, ¿cómo es que por lo menos no has empezado por ensayarte en mejorar las condiciones de una sola, la de tu tío, que a bien que lo necesita? Y si con ésa puedes, ya podrás intentarlo también con más; pero sin poder acudir al bien de una, ¿cómo vas a poder con muchas? Igual que si uno no puede cargar con una arroba, ¿no está claro que cargar con más de una ni siquiera tiene que intentarlo?» ¹⁰⁸. 15. «Sí; pero es que yo—dijo Glaucón—bien puede que acertara a mejorar la casa de mi tío, si quisiera él hacerme caso.» «Y luego—repuso Sócrates—, no pudiendo tú a tu tío convencerlo, ¿crees que vas a poder llevar a todos los atenienses, con tu tío incluido, a hacerte caso?

16. Guarda, Glaucón—le dijo—, no vaya a ser que por el ansia de gozar de buen renombre vengas a caer en el contrario efecto. O ¿es que no ves cuán es resbaladizo ponerse ya a hablar o ya a actuar sobre materias que uno no conoce? Y considera el caso de todos esos otros que conoces de tales condiciones y la impresión que dan al hablar de lo que no saben o al meterse a actuar en ello, si te parece que en tales ocasiones alcanzan alabanzas más que no reprobación y si más bien ganan admiraciones o desprecios. 17. Considera también a los que saben de lo que hablan y de lo que hacen y encontrarás—o mucho me equivoco—que en todos los asuntos los que gozan de renombre y admiración están entre los que más entienden, y los que tienen mala fama y son menospreciados, entre los que son más ignorantes. 18. Así que si deseas tener renombre y ganar en la nación admiraciones, ve intentando conseguir eso de saber de aquellas cosas en que quieres actuar; pues si después de sacar ventaja a los demás en eso te lanzas a llevar los asuntos del estado, no me asombraría que muy fácilmente salieses con aquello que deseas.»

CAPITULO VII.1. Mas a Cármides, el de Glaucón, al verlo que era hombre de mérito y más capaz con mucho que los que llevaban por entonces los asuntos públicos, pero que vacilaba en aparecer ante la asamblea y en dedicarse a los negocios del estado ¹⁰⁹: «Óyeme, Cármides —le dijo—: si un hombre que estuviera en condiciones de ganar la corona en los grandes juegos y con ello ganar honra para sí y aumentar en la Hélade la fama de su patria no quisiera entrar en las competiciones, ¿qué adjetivos le aplicarías a un hombre así?» «Está claro —respondió— que los de pere-

¹⁰⁹. Cármides, de quien véase ya *VI.1* y *VI.14* con las notas 105 y 108, llegó, efectivamente, a intervenir en la política, pero no en la democracia (muy significativos son los reparos a entenderse con la Asamblea, compuesta de curtidores, albañiles, mercaderes y demás gente baja que en el 6 se enumeran, contra lo que Sócrates trata de persuadirle de que con esta intervención beneficiaría también a sus amigos —9—, o sea, la clase aristocrática), sino con la oligarquía de los Treinta, bajo la cual fue uno de los gobernantes del Pireo (Cricias, por otra parte, de quien v. *I.II.12* y nota 13, era primo y había sido tutor suyo) y al lado de Cricias cayó, en 403, frente a la revuelta de Trasibulo (v. nota 62 y Jenofonte, *Hel.* II, 4.19.).

106. Sobre las minas de plata ver nota 52.

107. Atenas era importadora de trigo, sobre todo, de las regiones del Ponto.

108. El tío es Cármides, ya mencionado en el párrafo 1, y que será interlocutor del diálogo siguiente; se había arruinado con la guerra.—El dato de «más de diez mil casas» (*οὐκίαι*, los edificios, no *οὐκοί*, las familias) permite suponer una población total de unos 200.000 habitantes para esta época.—Se traduce abusivamente por «arroba» *τάλαντον*, el talento de peso, que equivale a casi 26 quilos.

zoso y de cobarde.» 2. «Y si uno —siguió él— que tuviera capacidad para, ocupándose de los asuntos públicos, engrandecer a su nación y recibir él por ello honores vacilara, al fin, en dedicarse a eso, ¿no habría que llamarlo con razón cobarde?» «Puede ser —le dijo—; pero y ¿a qué bueno me haces a mí esas preguntas?» «Porque pienso —respondió— que, teniendo tú capacidad, vacilas en dedicarte a los asuntos, y aun asuntos en que fuerza te es participar por el hecho ya de ser un ciudadano.» 3. «Y esa capacidad mía —dijo Cármides—, ¿en qué especie de actividades la has comprobado para formar acerca de mí semejante juicio?» «En las conversaciones —respondió— en que intervienes con los que llevan los negocios del estado, que, cuando comunican contigo algún asunto, te veo que sabes bien aconsejarles, y del mismo modo, cuando en algo van equivocados, criticarles debidamente.» 4. «No es lo mismo, Sócrates —contestó—, conversar en privado que debatir en la asamblea los asuntos.» «Y, sin embargo —dijo él—, es lo cierto que el que sabe calcular por números no calcula menos bien entre la muchedumbre que él a solas, y los que mejor a solas suelen tañer la cítara son los mismos que ante el público quedan triunfadores.» 5. «Mas la vergüenza y el temor —le dijo—, ¿no ves cómo son connaturales a los hombres y que mucho más entre las multitudes que en los privados tratos se presentan?» «Y aun a bien que aquí estoy —le contestó— dispuesto a demostrarte que no es por vergüenza de los más inteligentes ni por miedo de los más poderosos por lo que te avergüenzas de salir a hablar ante hombres los de menos seso y los de menor poder. 6. Pues, ¿de quiénes de ellos te da vergüenza: de los bataneros, o de los curtidores, o de los albañiles, o los erreros, o los labradores, o de los mercaderes, o los que trafican en el mercado dedicados a averiguar qué pueden comprar a menor precio para venderlo a más? Pues todos éstos son de los que se compone la asamblea ¹¹⁰. 7. Y ¿en qué piensas que se diferencia lo que tú haces de uno que, habiendo vencido a los atletas entrenados, tuviera miedo de los hombres corrientes? Sí, que tú,

110. V. nota 109. Este Sócrates de Jenofonte, como Cicerón (v. Tusculanas, V 36, 104; *an quicquam stultius quam, quos singulos sicut operarios barbarosque contemnas, eos aliquid putare esse uniuersos?*), pretende ignorar que, efectivamente, estos hombres, juntos en la Asamblea, sufren un cambio cualitativo que los convierte en otra cosa de lo que son sometidos a sus oficios particulares.

que con facilidad disputas con los que tienen la primacía en el estado, algunos de los cuales te menosprecian, y que en discutir los asuntos públicos estás muy por encima de los que a ello se dedican, ¿ante aquellos que nunca han pensado nada de política ni tampoco tienen ante ti tomadas actitudes de desprecio vacilas en hablar por miedo de quedar en el ridículo?» 8. «Pues ¿cómo? —le dijo él—: ¿no te parece a ti que muchas veces de la asamblea se ríen de hombres que están acertadamente hablando?» «Pues sí, y también los que no son de la asamblea —contestó—: que es lo que en ti me asombra, que, sabiéndote tú tan fácilmente manejar con aquéllos, cuando tal cosa hacen, pienses que no vas a tener modo ninguno de poder enfrentarte con esos otros. 9. Mi buen amigo, no más te desconozcas a ti mismo ni caigas en los errores en que cae la mayoría: pues los más de los hombres, metidos a averiguar los asuntos de los otros, no se vuelven a investigar lo de ellos mismos. Así que no sigas retrayéndote de eso, sino dedícate a poner atención a ti mismo con más empeño; y no te desentiendas más de los asuntos públicos, si es que puede ser que marchen algo mejor por obra tuya. Pues de que marchen ellos bien no sólo ya los otros ciudadanos, sino que tus amigos y tú mismo no seréis los que menos salgáis beneficiados.»

CAPITULO VIII.1. Mas intentando Aristipo refutar en discusión a Sócrates, tal como a él le venía en anteriores ocasiones éste refutando, Sócrates, queriendo ofrecer a los que con él andaban ocasión de sacar provecho, se puso a responder no como aquellos que se mantienen de continuo en guardia de que la discusión se les vaya a torcer por algún sitio, sino como quien tuviera decidido comportarse como es debido en todo extremo ¹¹¹. 2. Pues es la cosa que él le preguntaba si conocía alguna cosa buena, a fin de, si Sócrates decía alguna buena cosa tal como comida, o bebida, o riquezas, o salud, o fuerza, o valentía, demostrarle a seguido que algunas veces era mala. Pero él, sabiendo que, cuando algo nos molesta, requerimos algo que le ponga fin, le contestó de

111. Aristipo, que ha aparecido en III.1. (v. también nota 39), pasaba por ser el más rebelde de los discípulos de Sócrates.—Asombra en Jenofonte, a lo largo de este capítulo, ver cómo pasa de la agudeza de este primer párrafo en notar la ingenuidad socrática frente a las tácticas que podrían parecer más suyas a la trivialización arquitectónica de los párrafos 8-10.

la manera justamente que mejor se podía hacer: 3. «¿Me preguntas, por ejemplo —díjole—, si sé de algo bueno para la fiebre?» «Yo no, nada de eso», le contestó. «¿Para la vista cansada entonces?» «Nada de eso tampoco.» «Entonces, para el hambre.» «Tampoco para el hambre.» «Bien, pues es lo cierto —dijo— que, si lo que me preguntas es que si conozco algo bueno que no sea bueno para nada, no lo conozco —contestó— ni me hace falta.» 4. Mas, al preguntarle Aristipo nuevamente si sabía alguna cosa hermosa: «Y aun muchas», contestó. «Bien, y entonces —siguió él—, ¿todas iguales entre sí?» «¿Cómo?, lo que es algunas —respondió—, todo lo distintas entre sí que cabe.» «¿Cómo, pues —le dijo— puede lo distinto de lo hermoso ser hermoso?» «Porque, a fe mía —replicó— cabe que frente a un hombre hermoso para la carrera haya otro distinto de él hermoso para la lucha, y que haya un escudo hermoso para protegerse distinto todo lo que quepa de la jabalina hermosa para lanzarse con fuerza y rapidez.» 5. «En nada se distingue —dijo él— lo que me contestas de cuando te pregunté si conocías algo bueno.» «Y ¿es que tú crees —respondió— que una cosa es bueno y otra cosa hermoso? ¿No sabes que todas las cosas para un mismo respecto tanto son hermosas como buenas? Pues, para empezar, el valor o virtud no es bueno para unos respetos y para otros hermoso; y después los hombres en lo mismo y respecto a lo mismo se les llama tanto hermosos como buenos; y con respecto también a una misma cosa los cuerpos de los hombres así parecen hermosos como buenos, y con respecto de una misma todas las demás cosas de que los hombres usan son tenidas por hermosas y por buenas, a saber, con respecto a aquello para lo que puedan bien servir»¹¹². 6. «Así que entonces —dijo—, ¿también un capacho para estiércol es hermoso?» «Sí, a fe —le contestó—, como también un escudo de oro es feo, si para la obra de cada uno de ellos aquél está bien y éste mal.» «¿Quieres decir —le preguntó— que unas mismas cosas son hermosas y feas?» 7. «Y aun, por mi vida —contestó— que también digo que buenas y malas unas mismas: pues se da a menudo que lo bueno para el hambre sea malo para la fiebre y que sea lo bueno para la fiebre malo para el hambre; y a menudo también lo que es hermoso para la carrera, feo para

112. Toda esta dialéctica socrática de la relativización del bien y la belleza, reducidos en uno al campo de la utilidad, aprovecha algunos rasgos de la lengua, como el amplio uso de *καλός*.

la lucha, y lo que es hermoso para la lucha, feo para la carrera; pues todas las cosas hermosas y buenas lo son con respecto a aquello a lo que le vienen bien, y malas y feas para lo que mal le vienen.» 8. Que asimismo las casas, al decir que unas mismas eran las que eran hermosas y las que útiles, estaba, a mi parecer, instruyendo sobre cómo se las debía construir. Y era así como examinaba la cuestión: «¿No es cierto que el que tenga la intención de hacerse con una casa como es debido lo que debe procurar es que sea lo más agradable de habitar y lo más útil?» 9. Y una vez que esto se le concedía: «Agradable pues será tenerla que sea de verano fresca, y agradable que sea abrigada en el invierno.» Y ya que también en esto convenían: «Bien, pues en las casas que miran a mediodía el sol en el invierno se cuele entre los soportales, mas por el verano, al pasar por cima de nuestras cabezas y de los techos, proporciona sombra. Así que, si bueno es que así las cosas se presenten, habrá que construir más altas las partes que den al mediodía, para que el sol invernal no halle estorbos, y más bajas las que den al septentrión, para que no den contra ella los vientos fríos.» 10. Y, en una palabra, aquella adonde más gratamente pueda el dueño refugiarse y más seguramente guardar sus propiedades, ésa habrá de ser, sin duda, la más grata vivienda y la más hermosa. Mientras, en cambio, las pinturas y los adornos más gozos son de los que privan que los que ofrecen»¹¹³. Por cierto que en cuanto a los templos y los altares decía que el emplazamiento más apropiado para ellos era aquel que, siendo lo más visible, estuviera lo más apartado del bullicio: pues si grato es elevar una oración al divisarlos, grato también en santa disposición acercarse a ellos.

*CAPITULO IX*¹¹⁴.1. Y otra vez, al preguntársele del valor si era cosa de aprendizaje o de nacimiento: «Creo yo —contestó—

113. Las pinturas murales y los relieves podían exigir lienzos de pared plenos o abrigados de la intemperie, que se avinieran mal con la casa higiénica de Jenofonte, de alta fachada abierta al mediodía y fachada muy baja al norte.

114. El capítulo está compuesto de una serie de aforismos o tomas de actitud ante hechos y conceptos muy diversos; pero, aunque la formulación aforística resulte un tanto chocante con la dialéctica socrática, no puede desconocerse en los más de ellos (como notas, que Jenofonte renuncia a desarrollar) una posible fidelidad a cosas oídas a Sócrates realmente.

que, así como un cuerpo es por naturaleza más resistente que otro para las fatigas, así también resulta de naturaleza más fuerte un alma que otra frente a los peligros. Pues veo que hombres que se crían en las mismas leyes y costumbres mucho difieren unos de los otros en valentía. 2. Mas tengo, sin embargo, por cierto que cualquier naturaleza con el aprendizaje y ejercicio se acrecienta en el valor. Pues es claro que los escitas y los tracios no habrán de atreverse con escudo al brazo y empuñando lanzas a combatir a los lacedemonios; pero cierto se ve también que los lacedemonios ni con los tracios habrán de querer pelearse con broqueles de piel ¹¹⁵ y con venablos ni con arcos contra los escitas. 3. Y así veo yo también igual en todas las demás cuestiones tanto ser los hombres por naturaleza diferentes los unos de los otros como dar mucho de sí por el esfuerzo y el cuidado. Conque de aquí resulta claro que todos, así los de más generoso natural como los peor dotados por naturaleza, en aquello en que quieran gozar de buen renombre, en ello tienen que aprender y ejercitarse.» 4. Mas entre sabiduría y virtud no hacía distinción, sino que al usar de lo hermoso y lo bueno con conocimiento de lo que es hermoso y bueno y al guardarse de lo vil y feo con entendimiento de lo que ello es lo estimaba sabio a la par que virtuoso. Y, al preguntársele sobre esto, si los que saben lo que se debe hacer pero que hacen lo contrario pensaba él que eran sabios pero incontinentes: «Así tienen de eso —constestaba— como de ignorantes y continentes: pues pienso que todos los hombres, eligiendo de entre las posibilidades que se les ofrecen las que juzgan más convenientes para ellos, esas realizan. Así que considero que los que no obran acertadamente ni sabios son ni virtuosos.» 5. Y decía también que la justicia y todas las otras formas de virtud no son sino sabiduría. Que, en efecto, las obras justas y todo lo que por virtud se lleva a cabo, cosas son hermosas y buenas; y que ni aquellos que las conozcan pueden elegir otra cosa en lugar de ellas ni aquellos que no entiendan en ellas habrán de poderlas llevar a cabo, sino que habrán, en caso que lo intenten, de errar en ello. Que así también las hermosas y buenas obras son los sabios los que las hacen, y los que sabios no sean no pueden hacerlas, sino que, aun cuando lo intenten, en el intento yerran. Que, por tanto, pues que las obras justas y todas las demás hermosas y buenas

obras por virtud se llevan a cabo, claro estaba que tanto la justicia como toda otra forma de virtud eran sabiduría. 6. Por cierto que, en cuanto a la locura, decía que era sí contraria de sabiduría, mas sin embargo, no consideraba locura la ignorancia. Pero el desconocerse a sí mismo uno y el presuponer las cosas que no sabe y creerse conocerlas lo contaba entre lo más cercano de la locura. Sólo que la mayoría —decía él—, de los que caen en los errores que los más de los hombres no discernen, de éstos no dicen que estén locos, mientras que a los que yerran en los puntos que los más conocen a éstos sí que los llaman locos. 7. Que, en efecto, si uno ya se cree tan alto como para chocarse al pasar con el dintel de las puertas de la muralla o ya tan fuerte como para intentar levantar en vilo casas o ponerse a otro intento de los que es claro para todos que imposibles son, de ese dicen que está loco; mas los que yerran en cosas más sutiles no les parece que estén locos a la mayoría, sino que, así como al deseo fuerte suelen llamarlo amor, así también a la gran desviación del juicio la suelen llamar locura. 8. Cuanto a la envidia, investigando a ver lo que era, descubría que era, sí, un dolor, mas no el que se produce por las desgracias de los amigos ni el que por las venturas de los enemigos, sino que decía él que sólo envidian los que se apesadumbran con la buena suerte de los amigos. Y al sorprenderse de oír algunos que hubiera alguien que queriendo a uno se doliera con su buena suerte, les hacía recordar que muchos son los que en tal relación se hallan para con otros que, al pasarlo éstos mal, no pueden desentenderse de ellos sin ayudarles en su infortunio, pero que, al irles bien las cosas, se duelen de ello. Que esto, sin embargo, a un hombre de buen juicio no podía sucederle, pero que a los insensatos siempre les está pasando. 9. En cuanto al ocio, examinando a ver lo que era, decía que los más de los hombres hallaba él que siempre estaban haciendo algo: que aun los que juegan a los dados y los que se dedican a gastarse bromas algo están haciendo; pero decía que todos éstos en ocio estaban: pues les era dado pasar a hacer cosas mejores que éstas; mas que en cambio para pasar de las mejores a las peores nadie tiene ocio ni tiempo libre; y que si alguno pasaba a ellas, decía que ése, al no tener ocio ni tiempo libre, lo hacía mal. 10. Pues de reyes y gobernantes decía él que no lo eran los que tenían en su mano cetro ni los que eran elegidos por un número de gentes cualesquiera ni los que por la suerte les venía ni los que por violencia o por engaño lo habían conseguido, sino los que entendían en gobernar.

115. Broquel de piel es la *pelta*, que los griegos adoptaron también para la infantería ligera (*peltastas*).

11. Pues toda vez que se le reconocía que propio era del que gobernaba disponer lo que hiciera falta hacer y del gobernado obedecerle, mostraba él cómo en el barco el que entiende es el que gobierna, mientras que el patrón y todos los otros que en el barco vayan obedecen al que entiende, y cómo en la labranza los que poseen campos y en la enfermedad los que están enfermos y en el ejercicio corporal los que sus cuerpos ejercitan y todos los demás a los que les toque cualquier cosa que necesite algún cuidado, si consideran que ellos mismos de ello entienden, se cuidan de ello; y si no, a los que entienden no ya sólo, cuando los tienen allí, les obedecen, sino que aun, cuando faltan, mandan a buscarlos, para, obediéndoles, hacer las cosas como es debido; y en la labor de la hilatura aun las mujeres hacía ver cómo mandaban en los hombres por el hecho de saber ellas cómo hay que hilar la lana y ellos no saberlo. 12. Mas si alguno replicaba ante esto que al tirano dado le es no hacerles caso a los que rectamente le razonen: «Y, ¿cómo —constestaba— va a poder serle dado no hacer caso, estando establecido su castigo para todo el que no haga caso a aquel que bien razone?: pues en el asunto en que uno no haga caso de aquel que bien en él razona, vendrá a caer en error en definitiva, y cayendo en error sufrirá castigo.» 13. Pero si alguien le decía que al tirano les es dado matar al hombre de buen juicio: «Y el que ha matado —respondía— a los más firmes de sus aliados, ¿piensas que sale de ello sin castigo o que es un castigo cualquiera el suyo? ¿Qué crees tú: que el que así obra va quedando a salvo o que es probable que así vaya a su perdición y por la vía más derecha?» 14. Y al preguntarle uno cuál le parecía que era para un hombre el mejor negocio, respondió: «Hacerlo bien.» Y al preguntarle todavía si consideraba que también la buena suerte era negocio: «Cosas son pues que estimo y o las más contrarias —contestó— la suerte y el hacer: pues encontrarse uno sin buscar con alguna de las cosas que le hacen falta creo que es la buena suerte, mientras que lograr bien algo después de haber aprendido y haberse ejercitado es lo que considero yo hacer bien, y los que a eso se dedican pienso que bien hacen.» 15. Conque decía que eran los mejores y los más queridos de los dioses en la labranza los que hacían bien la labor del campo, y en la medicina los que las funciones médicas, y en la política los que la actividad política; mas el que nada hacía bien decía que ni era útil para nada ni querido de los dioses.

CAPITULO X.1. Pero qué, que aun, si alguna vez entraba en conversación con uno de los que poseen las artes y las ejercen como industria, también para esos resultaba provechoso. Que es ello que, habiendo una vez entrado en casa de Parrasio¹¹⁶ el pintor y estando con él de conversación: «¿Es, Parrasio —le dijo—, la pintura una reproducción de las cosas que se ven? Que así es, por ejemplo, que los cuerpos hondos y los salientes, los oscuros y los luminosos, los duros y los blandos, los ásperos y los lisos, los jóvenes y los viejos, los imitáis vosotros representándolos por medio de los colores.» «Verdad es como dices», respondió. 2. «Y a buen seguro que al reproducir, por ejemplo, las figuras hermosas, como no es fácil dar con un hombre que tenga él solo todas sus partes irreprochables, reunís de varios los rasgos más hermosos de cada uno, para así los cuerpos enteros hacerlos aparecer hermosos.» 3. «Pues sí que solemos —dijo él— hacer así.» «Y veamos —siguió—: ¿imitáis también aquello que es lo más atrayente y lo más grato y más amable y que más enciende y enamora, el carácter del alma? O ¿es que ni aun es imitable eso?» «Pues, ¿cómo puede —respondió— ser imitable, Sócrates, lo que no tiene medidas ni color ni nada de lo que tú dijiste antes ni aun en suma es visible?» 4. «Y entonces —dijo él—, ¿es cosa que se dé en el hombre el mirar amablemente y el mirar hostilmente a otros?» «Así lo creo», respondió. «De modo que eso al menos es imitable en la pintura de los ojos.» «Ya lo creo que sí», le dijo. «Y con motivo de las dichas y las desgracias de los amigos, ¿te parece que tienen igual el rostro los que se preocupan de ellas y los que no?» «A fe mía que no, desde luego —dijo—: pues con las dichas se les ponen radiantes y con las desgracias sombríos.» «Así que entonces —dijo él— también esos rasgos es posible reproducirlos.» «Ya lo creo»,

116. Parrasio de Efeso, de quien conservamos la gran fama y algunas imitaciones y descripciones (v. Plinio el Viejo XXXV, 10), pues que toda la pintura griega, fuera de las figuras de los vasos, se ha perdido para nosotros, debía ser muy joven cuando Sócrates visitaba su taller, no para hacerle, sin duda, reflexiones tan triviales como éstas (con las que el buen Jenofonte quiere atribuirle parte en el creciente psicologismo de las artes representativas), sino más bien, como a los demás artistas, para proseguir la investigación, que en la *Apología* de Platón se cuenta, de hasta qué punto el saber técnico es inconsciente de sí mismo.

respondió. 5. «Bien, pues es lo cierto que también la arrogancia y la dignidad, así como la humillación y la vileza, la templanza y la inteligencia, igual que la desmesura y la zafiedad, así por el rostro como por las actitudes de los hombres, ya parados ya en movimiento, se trasparenen.» «Verdad es como dices», respondió. «Así que también entonces son esos rasgos imitables.» «Sin duda alguna», dijo. «¿Qué es, pues —siguió—, lo que estimas más grato de mirar: los hombres en quienes trasparenen los caracteres hermosos y buenos y dignos de amor o aquellos en que los feos y viles y odiosos?» «Mucha, a fe mía —contestó—, es la diferencia, Sócrates.» 6. Y otra vez, habiendo entrado en casa de Clitón el escultor y estando con él de conversación: «Clitón —le dijo—, que tú haces esculturas muy originales de corredores y atletas, boxeadores y luchadores es cosa que veo y sé; pero eso que es lo que más cautiva el alma de los que miran, lo de parecer vivos, ¿cómo produces ese efecto en las estatuas?»¹¹⁷. Y en vista de que Clitón, quedándose perplejo, no contestó en seguida: «¿Será —le dijo— que, copiando en tu obra las figuras de los seres vivos, haces aparecer tan como vivientes las estatuas?» «Sin duda que sí», repuso. «Así que entonces, reproduciendo las partes de los cuerpos que por la actitud están distendidas o tensas y las que replegadas o extendidas y tirantes o flojas, es como las haces aparecer tan semejantes a las verdaderas y tan convincentes.» «Pues sí, ni más ni menos», dijo él. 8. «Y el reproducir también los sentimientos de los cuerpos que están en acción, ¿no causa algún placer a los que miran?» «Pues sí, seguramente», respondió. «Conque entonces habrá también que reproducir en los que están luchando la mirada amenazadora, y habrá que imitar en los que han alcanzado la victoria la faz de la alegría.» «Sí, sin lugar a dudas», contestó. «Por tanto —dijo— debe el escultor representar las actividades del alma por medio de la figura.» 9. Mas, habiendo entrado en casa de Pistias el fabricante de corazas¹¹⁸, después de haberle éste mostrado a Sócrates unas corazas muy bien trabajadas: «Por tu vida, Pistias —díjole—, que es buena invención por cierto esa de que las partes del hombre que necesitan cobertura las cubra la coraza, sin que estorbe para valerse de los

117. No conocemos por otro sitio al escultor Clitón.—Con una corrección del texto que suelen adoptar los editores sería «*que son hermosas las esculturas que haces de...*»

118. Tampoco sabemos más de Pistias, fabricante de armería.

brazos. 10. Pero, a propósito —le dijo—, explícame, Pistias, por qué sin ser más fuertes ni más costosas las corazas que tú haces las vendes más caras que los otros.» «Porque es que, Sócrates —contestó—, yo las hago de mejores proporciones.» «Y esas buenas proporciones —siguió él—, ¿cómo las demuestras, para ponerlas a más precio: por medida o por peso? Porque, en fin, iguales no creo yo que las hagas todas ni de peso ni de formas, si es que las haces para que ajusten.» «Pero, en nombre del cielo —dijo él—, pues claro que las hago para eso: que lo que es sin eso para nada sirve una coraza.» 11. «Pues entonces —dijo—, es lo cierto que los cuerpos de los hombres los unos son de buenas proporciones y los otros desproporcionados.» «Pues sí, claro», respondió. «¿Cómo entonces —dijo— haces bien proporcionada la coraza que debe ajustar a un cuerpo desproporcionado?» «Del mismo modo que la hago que ajuste bien —repuso—: pues la que ajusta bien es la bien proporcionada.» 12. «Me parece entender le dijo Sócrates— que con lo de bien proporcionada no quieres decir en sí misma, sino con relación al que la usa; igual que si dijeras que un escudo, al que le siente bien, para ése es bien proporcionado, y con una capa y del mismo modo con las demás cosas, según tu modo de pensar. 13. Y aún hay acaso otra ventaja nada despreciable en lo de ajustar bien.» «Explica, Sócrates —le dijo—, lo que sepas de eso.» «Que agobian menos con su carga —respondió— las que ajustan bien que las que no, teniendo el mismo peso. Pues las mal ajustadas o bien cuelgan con toda su carga de los hombros o bien alguna otra parte del cuerpo oprimen demasiado, hasta ser incómodas y duras de llevar; mientras que en cambio las ajustadas, teniendo repartido el peso, parte sobre las clavículas y paletillas, parte sobre los hombros, parte por el pecho y parte por la espalda y parte por el vientre, viene casi a parecer que no son una carga sino un recubrimiento.» 14. «Dicho está por tu boca —dijo— aquello justamente por lo que estimo yo que mis obras se merecen el precio más elevado. Mas hay algunos, sin embargo, que prefieren comprar las corazas adornadas y sobredoradas.» «Pues la verdad es —le dijo— que, si es que por mor de eso las compran sin ajustar bien, para mí tengo que se compran una molestia ornamentada y sobredorada. 15. Y otra cosa —dijo—: dado que el cuerpo no se está quieto, mas unas veces se agacha, otras se endereza, ¿cómo puede ser que ajusten bien las corazas apretadas?» «No puede ser de ningún modo», respondió. «Das a entender entonces —dijo él— que las que ajustan bien no son

las apretadas, sino las que no hacen daño al usarlas.» «Tú mismo, Sócrates —le respondió— lo está diciendo, y vienes a dar en el clavo justamente.»

CAPITULO XI.1. Mas una vez, habiendo una mujer en Atenas muy hermosa, Teódota por nombre ¹¹⁹, y de las que son de hacer compañía a quien a ello las persuada, como quiera que hubiera hecho mención de ella uno de los presentes y hubiera dicho que superaba todas las palabras la hermosura de la mujer y añadido que pintores entraban a su casa a sacar retrato suyo, a quienes ella —decía— dejaba ver de su persona cuanto estaba bien mostrar: «Sería cosa de ir a verla —dijo Sócrates—: pues, en fin, de oídas no es posible conocer lo que supera las palabras.» 2. Conque el que había traído la relación: «No seré yo —dijo— quien os demore, si me acompañáis allá». En fin, que así, puestos en camino a casa de Teódota y habiéndola encontrado en trance de posar para un pintor, estuviéronse contemplándola. Y, en habiendo dejado el pintor su obra: «Amigos —dijo Sócrates—, ¿qué os parece: que debemos más bien nosotros estar agradecidos a Teódota porque nos ha dejado ver su hermosura o más bien a nosotros ella porque la hemos contemplado? ¿No habrá de ser que, si para ella es más beneficiosa la exposición, sea ella la que nos deba agradecimiento, y si lo es más para nosotros la contemplación, nosotros a ella?» 3. A lo que habiendo alguno contestado que razón tenía: «Entonces, veamos —dijo—: ella ya, por lo pronto, saca de beneficio nuestra alabanza y, en cuanto hagamos correr la fama entre más gente, sacará mayor provecho; en cambio nosotros ya lo que hemos visto estamos ansiando tocarlo y nos vamos a ir desazonados y, cuando nos hayamos ido, sentiremos añoranza. Así que de aquí resulta que, sin duda, estamos nosotros prestando servicio y culto, y ella culto y servicio recibiendo.» Conque aquí Teódota: «A fe mía —dijo—, pues de cierto que, si así es la cosa, debería yo estaros agradecida por la contemplación.» 4. Mas en este momento Sócrates, viéndola que estaba ricamente engalanada y a la madre a su lado puesta en vestimenta y aderezos de no así

119. Parece, según se cuenta en Ateneo XIII 574 f (aunque Plutarco *Alcib.* 39 da el nombre de Timandra; y Nepote *Alcib.* X 6 no da nombre ninguno), que Teódota fue luego la amante de Alcibiades, al que acompañaba en sus campañas y destierros, y que, al ser asesinado en Frigia, le hizo las honras fúnebres.

comoquiera, y además muchas criadas tan de buena figura como tampoco descuidadas en el porte y, en fin, la casa en los demás extremos puesta y enjazzada sin mirar en gastos: «Dime, Teódota —le dijo—, ¿tienes tú una finca?» «No la tengo, no», le respondió. «Pues entonces, ¿una casa que produce rentas?» «Tampoco casa», dijo ella. «Pues, ¿será acaso algunos obreros a jornal?» «Tampoco obreros», contestó. «¿De dónde, pues —le dijo— sacas tus ingresos?» «Cuando alguno —respondió— que se haya hecho amigo mío tiene a bien hacerme gracia de algo, esos son mis medios de vida.» 5. «Bendita sea, Teódota —dijo él—, hermosa a la verdad la hacienda esa, y muy más preferible que de ovejas o cabras o de vacas tener juntado un rebaño de amigos. Pero, óyeme —siguió—, ¿cómo haces tú: abandonas a la suerte el asunto, hasta que se te venga a posar, como mosca, algún amigo, o bien usas también alguna rñaña?» 6. «Y ¿cómo —dijo ella— puedo encontrar yo rñañas para eso?» «A fe mía —respondió— que mucho más propio en ti que en las arañas: pues tú sabes cómo cazan ellas lo que les hace falta para la vida: que, en suma, después de haber tejido unas sutiles telarañas, lo que allí caiga, con eso se alimentan.» 7. «Y a mí entonces —le dijo—, ¿me aconsejas que me teja alguna trampa o lazo?» «Pues no, en fin, no hay que tomarse, desde luego, así sin más la cacería de más alta estima que hay, la de cazar amigos. ¿No ves que, aun en cosa de tan poco precio, los que cazan liebres emplean tantas artimañas?» 8. Que, como salen a pastar de noche, se procuran perros nocherniegos para con ellos darles caza; y, como salen corriendo al romper el día, se buscan otros perros, que siguiéndoles el rastro por donde marchan del lugar del pasto a la madriguera puedan dar con ellas; y, como son tan rápidas que aun puestas al descubierto suelen escapar a la carrera, se hacen todavía con otros perros muy veloces, para que a la carrera las apresen; mas, como aun de éstos logran escapar algunas, tienden redes en los vericuetos por donde escapan, para que dando sobre ellas queden atrapadas» ¹²⁰. 9. «Bien, y ¿con qué arte de ésas —dijo ella— puedo ponerme yo a cazar amigos?» «A fe, que basta —contestó— con que en lugar de perros consigas alguien que, rastreándote a los ricos y aficionados de hermosura, logre descubrirlos y, descubiertos, se amañe con ellos de manera a empujarlos hasta tus redes.» 10. «Y ¿qué especie

120. El autor del *Cinegético* (y de *Ciropedia* I, 6.40) asoma tras esta gustosa comparación de Sócrates.

de redes —dijo ella— son las que yo tengo?» «Bueno, pues, una por lo pronto —respondió— y muy bien entretejida, que es tu cuerpo; y en él un alma, por la que bien vas aprendiendo con qué miradas puedes agrandar y qué es lo que puedes decir para dar gozo, y cómo al que muestra interés por ti hay que acogerlo amablemente y al que no más ande que de broma darle con la puerta, y, cuando se encuentre mal algún amigo, interesarse por él atentamente y, cuando le haya salido bien alguna cosa, efusivamente felicitarlo, y al que se preocupe por ti muy seriamente mostrártele con toda el alma agradecida. Por cierto que lo que es dar besos bien sé que lo sabrás hacer no ya sólo con dulzura, que también con bienquerencia; y a los amigos que te resultan de tu agrado ya sé que no de palabras sino con obras se lo demostrarás.» «Por vida mía —díjole Teódota—, que yo no me valgo de ninguna de esas mañas.» 11. «Pues ello es —siguió— que mucho importa el acercarse y tratar a un hombre con naturalidad y como es debido. Pues, en fin, lo que es por fuerza ni vas a poder coger ni retener a ningún amigo, pero con atenciones y complacencias esa alimaña bien es de atrapar y de hacerla quedar contigo.» «Verdad es eso», dijo ella. 12. «Pues bien, lo primero —siguió él—, de los que se interesen por ti habrá que esperar favores tales que lo menos posible les haya de costar hacerlos; y luego tú, a tu vez, pagarles con complacerles en el mismo modo. Pues así es como mejor han de irse haciendo amigos y por más tiempo habrán de amarte y más favor habrán de hacerte. 13. Y como más habrás de complacerles es si les haces don de tus gracias cuando ellos te las requieran. Pues ya tú ves que también con las comidas aun las más gratas, si se las sirven a uno antes de desearlas, ingratas se le antojan y, como esté bien harto, le dan hasta repugnancia; mas, si se las sirven después de hacerle entrar en apetito, aunque sean de las más comunes, parecen sumamente sabrosas.» 14. «¿Cómo, pues —dijo ella—, podría hacer yo entrar a uno en apetito de lo que en mí haya?» «Pues, a fe —le respondió—, si en primer lugar a los que estén hartos ni se lo ofreces ni los andas tentando, hasta tanto que, cesando de su hartura, lo pidan nuevamente; y luego si a los que lo pidan los tientas con una manera de trato lo más delicada que se pueda y con aquello de no parecer que quieres concederlo y como rehuyendo, hasta el punto que no puedan pedirlo con más veras: pues mucho va de dar en ese momento los mismos dones a primero de que los deseen.» 15. Conque aquí Teódota: «Pues ¿qué haces tú ya, Sócrates —le dijo—, que

no te vienes conmigo de compañero a la caza de los amigos?» «Sí haré, a fe mía —le contestó—, si me convences tú.» «¿Cómo, pues —dijo ella— podré yo convencerte?» «Eso tú misma —dijo— lo averiguarás y te amañará, si para algo te hago falta.» «Bueno, pues entonces —le dijo ella— ven a verme a menudo.» 16. A lo cual Sócrates, haciendo burla de su propia ociosidad: «Ah, pero es que, Teódota —le dijo—, no es tan fácil ni mucho menos para mí tener un rato libre: pues muchos asuntos tengo así privados como públicos que me tienen ocupado siempre; y tengo además amigas, que ni de día ni de noche me van a dejar apartarme de ellas, estando como están aprendiendo de mí filtros mágicos y ensalmos.» 17. «Conque ¿también —le dijo— sabes de eso, Sócrates?» «Bah, pues, ¿por qué crees —le contestó— que Apolodoro, éste que aquí ves, y Antístenes no se apartan nunca de mí lado? y ¿por qué que Cebete y Simias se han venido de Tebas aquí conmigo? Estáte segura que no sin muchos filtros y ensalmos y pájaros mágicos de reclamo suceden esas cosas» 121. 18. «Bien, pues préstame —le dijo ella— tu pájaro mágico, para apuntarlo lo primero contra ti mismo.» «Ah, por vida mía —dijo él—, no quiero ser yo el que sea hacia ti atraído, sino que tú seas la que vengas hasta mí.» «Pues a ti iré —contestó ella—: basta con que me recibas.» «Pues sí, te recibiré —le dijo—, si es que no hay en casa alguna amiga que quiera más que a ti.»

CAPITULO XII.1. Y una vez al ver a Epígenes¹²², uno de los que con él andaban, que era joven y que estaba mal de salud:

121. Apolodoro, apasionado de él con muchas veras y por lo demás un tanto simple, como se dice en la *Apol.* 28, es el inseparable compañero de los últimos días de Sócrates que conocemos también por Platón *Simp.* 173, *Fedón* 117 d. Para Antístenes v. II, V.1 y nota 51. Cebete y Simias, los compañeros tebanos, que ya se han citado en I, 2.48, son también conocidos por el *Fedón*.—Sobre la magia de Sócrates cfr. nota 54. El $\gamma\omega\epsilon$ es, en primer lugar, un pajarillo (tal vez el aguzanieves, *iunx torquilla*) que se usaba en las prácticas de la magia amorosa, atándolo al eje de una rueda de cuatro rayos que se hacía girar mientras se pronunciaban los encantos como medio de atraer o recobrar al amado; sustituido con igual función por el instrumento mágico giratorio que los romanos llaman *turbo* o *rhombus*, éste conserva el mismo nombre; y es seguramente uno de estos «rombos» lo que Teódota le pide a Sócrates para apuntarlo (dirigir su intención mágica) sobre él mismo.

122. Epígenes, que aparece también en Platón *Apol.* 33 d y

«¿Qué desatendido —le dijo— tienes el cuerpo, Epígenes!» A lo que él contestó: «Porque no soy deportista, Sócrates —le repuso—, sino un hombre corriente.» «No más hombre corriente —dijo él— que los que se preparan a competir en la olimpiada. ¿O te parece que es poca competición la de la guerra, en que te juegas la vida frente a los enemigos?; la cual pueden iniciar los atenienses en cualquier momento. 2. Y es lo cierto que no son pocos los que por las malas condiciones de su cuerpo o pierden la vida en los avatares de la guerra o la salvan de muy mala manera; y muchos son los que por eso mismo son apresados vivos y, ya prisioneros, o bien quedan sometidos por el resto de su vida, si así es su suerte, a la más dura esclavitud, o bien, hundidos en todos los extremos del sufrimiento, y después de pagar por su rescate algunas veces más de lo que tienen, van pasando el resto de su vida faltos de lo necesario y sufriendo calamidades; y aun muchos son los que se ganan una fama deshonrosa, pareciendo por la debilidad de su cuerpo que se portan como cobardes. 3. O ¿es que menosprecias esas consecuencias del mal estado corporal y crees que fácilmente vas a poder soportar cosas como éstas? Pues, a la verdad, que mucho más fáciles y gratas que éstas creo yo que son las que ha de soportar el que se cuida del buen estado de su cuerpo. O ¿consideras que es más saludable y más provechoso para los otros fines la mala condición del cuerpo que la buena? O ¿desprecias los resultados que provienen del buen estado corporal? 4. Mas es lo cierto que todo lo contrario les sobreviene a los que tienen bien sus cuerpos que a los que mal. Pues están saludables los que tienen bien el cuerpo y están fuertes; y muchos además, gracias a eso, salen con vida decorosamente de los encuentros de la guerra y escapan de todos los extremos más temibles; y aun muchos a sus amigos les socorren y merecen bien de su patria, conque se hacen por ello acreedores de gratitud y se ganan alta gloria y vienen a alcanzar los más nobles honores; y con eso pasan el resto de su vida más grata y altamente, y les dejan a sus hijos mejores medios para afrontar la vida. 5. De cierto que no porque el estado no se ocupe en público de los ejercicios destinados a la guerra va a haber también privadamente que desentenderse de ello, sino de ello cuidarse con tanto más empeño. Pues estáte seguro que tampoco habrá otra competición ni actividad

Fedón 59 b, era hijo de un Antifonte (no el orador ni el sofista que hemos visto en *I.VI.1*) y fiel acompañante de Sócrates.

ninguna en que vayas a salir perdiendo por tener el cuerpo mejor dispuesto; pues para todas las actividades a que los hombres se dedican cosa útil es el cuerpo; y en todos esos usos del cuerpo mucho importa tenerlo en las mejores condiciones posibles ¹²³. 6. Sí, que aun en aquello en que te puede parecer que es mínima la utilidad del cuerpo, en el pensar, ¿quién no sabe que también en eso caen muchos en graves yerros por culpa de no estar de cuerpo sanos? Que así la pérdida de memoria como el desánimo y el malhumor y las manías a muchos con frecuencia por la mala condición del cuerpo se les meten a tal punto en el entendimiento que aun los conocimientos pueden echar de él fuera. 7. Los que, en cambio, mantienen bien sus cuerpos bien seguros están y peligro ninguno tienen de que al menos por la mala condición del cuerpo les pase nada de eso; y es más bien probable que sea útil el estar bien para efectos contrarios de los que se producen por estar mal. Y a la verdad, que por lograr esos efectos contrarios a los dichos ¿qué no estará dispuesto a soportar cualquier persona de buen juicio? 8. Y además, que cosa es vergonzosa ir dejándose envejecer en el descuido, antes de llegar a verse uno qué clase de hombre podía llegar a ser en la mayor hermosura y fuerza de su cuerpo. Pero eso no puede verse descuidándose de ello: pues no es cosa que quiera producirse sola y por sí misma.»

CAPITULO XIII.1. Y otra vez, al enojarse uno porque habiéndose adelantado a decirle «adiós» a otro, no había recibido contestación: «Cosa ridícula —dijo él— eso de que si te hubieras encontrado con uno que estuviera peor que tú de cuerpo no te enojarías, y, en cambio, porque te has topado con uno que está más basto que tú de espíritu, eso te apesadumbre.» 2. Y al decirle otro que comía sin gusto: «Acúmeno ¹²⁴ —le dijo— recomienda un buen remedio contra eso»; que al preguntarle: «¿Cuál?» «Dejar de comer —le respondió—: que, con dejar, llevarás una vida más agradable y más barata y de mejor salud.» 3. Y a otro que decía que estaba caliente el agua que tenía para beber

123. Se hace de pasada al estado ateniense una crítica muy jenofontina (como todo el capítulo), por no ocuparse en público, como Esparta, del entrenamiento físico.

124. Acúmeno era médico de renombre y amigo de Sócrates, que se menciona en Platón *Fedro*, 227 a 269 a, y *Simp.* 176 b.

en casa: «Entonces —le dijo—, cuando quieras darte un baño caliente tendrás el agua a punto.» «Pero es que —contestó— para bañarme en ella está fría.» «Entonces —dijo él—, ¿también a tus criados les molesta igual al beberla y al bañarse en ella?» «No, a fe —contestó—; y cómo, que muchas veces me he quedado sorprendido de lo a gusto que se sirven de ella para ambas cosas.» «Y ¿cuál está más caliente para beber —le siguió diciendo—: el agua de tu casa o la del templo de Esculapio?» «La de Esculapio», respondió. «Y ¿cuál está más fría para bañarse: la de tu casa o la del templo de Anfiarao ¹²⁵?» «La de Anfiarao», respondió. «Considera, pues —le dijo—, que podría pensarse que eres tú más difícil de contentar que los criados y que los enfermos.»

4. Y, habiendo uno castigado rudamente a su mozo de compañía, le preguntó por qué estaba irritado con el criado. «Porque siendo —le contestó— lo más tragón que hay, es, además, lo más atontado; y siendo lo más amigo del dinero, es, encima, lo más holgazán que hay.» «Y entonces, ¿te has parado tú a considerar alguna vez quién merece más palos, si tú o tu criado?» 5. Y, estando uno temeroso del camino que hasta Olimpia había de recorrer: «¿Por qué —le dijo— te tienes miedo al viaje? ¿No es cierto que también cuando estás aquí te estás paseando casi todo el día? Pues igual en tu viaje allá te habrás dado un paseo antes de almorzar y otro paseo antes de cenar y de acostarte. ¿No te das cuenta que si pusieras en línea los paseos que aquí te das en cinco o seis días, fácilmente podrías llegar de Atenas hasta Olimpia? Y además es más agradecido salir con un día de anticipación que no con uno de retraso, pues el verse obligado a alargar las jornadas más de lo proporcionado es cosa dura, mientras que, en cambio, el echar en el viaje una jornada más mucha comodidad es la que aporta ¹²⁶. Así que mejor es apresurarse en la partida que no por el camino.» 6. Mas al decirle otro que estaba destrozado después de un largo viaje que había hecho, le preguntaba si traía

también carga: «Yo no, a fe mía —contestó—, aparte de la capa.» «Y ¿hacías el camino solo —le preguntó— o te iba algún mozo acompañando?» «Uno me acompañaba», respondió. «¿De vacío iba —siguió él— o con alguna carga?» «Pues con carga, claro —respondió—: las mantas y el resto del equipaje.» «Y ¿cómo ha quedado del camino él?», le preguntó. «Pues, a lo que me parece —dijo—, mejor que yo.» «¿Cómo, pues? —le dijo él—; si hubieras tú tenido que cargar con la carga de él, ¿cómo crees que te encontrarías?» «A fe mía que malamente —respondió—; o, mejor dicho, ni llevarlo hubiera podido tan siquiera.» «Pero entonces eso de ser menos capaz de aguante que su esclavo, ¿cómo crees tú que puede ser propio de un hombre bien ejercitado?»

CAPITULO XIV.1. Y cuando sucedía que, reuniéndose para un convite, los unos llevaban poco de compango y los otros mucho, mandaba Sócrates a su criado que lo poco suyo o bien lo pusiera a la provisión común o bien que repartiera su parte de ello a cada uno. Conque los que llevaban mucho se avergonzaban de no participar de lo que se ponía en provisión común y de no poner a su vez al común lo suyo. Así que ponían también lo suyo a lo común, y, visto que no recibían más que los que llevaban poco, dejaban la costumbre de cargar mucho en el compango ¹²⁷. 2. Y habiéndose dado una vez cuenta de que uno de los que con él estaban a convite había dejado de tomar pan, pero seguía comiendo del compango solo, como se trataba en la conversación acerca de los hombres y por qué clase de motivo se empleaba cada uno: «Podíamos, amigos —les dijo—, tratar de explicarnos cuál será el motivo por el que a un hombre se le llama comilón (tragaviandas), porque comer, en fin, todos comen sobre su pan vianda cuando a mano la tienen; pero no creo que con eso baste para que se les llame comilones (tragaviandas).» «Pues claro que no», contestó uno de los presentes. 3. «Y veamos —siguió él—: si uno sin pan se da a comer la vianda sola, no por guardar régimen,

125. Los santuarios de Asclepio o Esculapio solían estar cerca de fuentes termales, y así puede referirse Sócrates al de Atenas mismo, cerca de la acrópolis, o al famoso santuario de Epidauro, en la Argólide. En cuanto al de Anfiarao, con oráculo y fuente medicinal (las fuentes suelen acompañar los cultos y sagrados apolíneos, como las famosas de las Musas), estaba cerca de Oropo, en la Beocia.

126. De Atenas a Olimpia había unos 220 kilómetros, para los que Sócrates recomienda seis jornadas mejor que cinco.

127. Por «compango» traducimos ἄψον, la vianda, pescado u otra cosa que se comía con el pan. Para el nombre del tragón, compuesto de esta palabra, ὑποφάγος, podemos sacar «tragaviandas». Los párrafos nos dan idea de la frugalidad ateniense (y se trata de convites a escote, comidas de regalo), frente a la cual las prevenções de este Sócrates de Jenofonte se nos antojan, desde nuestras costumbres, miserables.

sino por gusto, ¿qué, se piensa que ése es un comilón (tragaviandas) o que no?» «A ver, si no —le dijo—, para quién íbamos a guardar el nombre.» Conque algún otro de los presentes: «¿Y el que con poco pan —preguntó— se dé a comer mucha vianda?» «A mí —repuso Sócrates— me parece que también con razón a ése se le puede llamar comilón (tragaviandas); y por cierto que cuando los otros hombres les recen a los dioses por una cosecha de trigo buena, ése probablemente rezará por una buena cosecha de viandas.» 4. Conque al decir Sócrates esto, comprendiendo el muchacho que por él iban tales palabras dichas, de la vianda no dejó de comer, pero tomó pan para con ella. Y Sócrates, apercebido de ello: «Vigilad a ése —dijo— los que estéis cerca, a ver si toma el pan para compango o el compango como pan.» 5. Y a otro de los compañeros de convite, habiéndolo una vez visto que sobre una sola rebanada de pan iba probando de varios platos: «¿Puede darse —dijo— una forma de comilona más costosa o que más estropee los manjares que aquella que se da el que come muchas viandas al tiempo y mete a un tiempo en la boca toda clase de sabores? Lo que es, desde luego, al mezclar varios de los manjares más es el gasto que hace; y luego las cosas que los cocineros no mezclan entre sí, como que no casan bien, el que las mezcla, si es que tienen razón los cocineros, comete yerro y desháceles el arte. 6. Y, a la verdad, ¿no es cosa bien ridícula procurarse cocineros los que mejor entiendan de su arte, y luego uno, sin tener de tal arte pretensión siquiera, trastocar lo que viene por ellos preparado? Y aun otra cosa se le añade al que se acostumbra a comer de varios manjares a la vez: que cuando no se le ofrezcan varios ha de parecerle que está en mengua, echando de menos lo de su costumbre; mientras que, en cambio, el que está acostumbrado a ir pasando sobre cada rebanada cada vianda, cuando no se le ofrezcan muchas, podrá seguramente comer sin pena de una sola.» 7. Y solía decir también que «tratarse bien», en la lengua ática, significaba «comer»; pero decía que se añadía el «bien» para indicar «comer las cosas que ni al alma ni al cuerpo hicieran daño ni tampoco fueran difíciles de conseguir»; de modo que lo de «tratarse bien»¹²⁸ también se lo aplicaba a los que llevaban un régimen de comidas mesurado.

128. La palabra ática es εὖωχέισται; el trastueque semántico de Sócrates, por reducción al valor etimológico, podría reproducirse en nuestra lengua con el giro de *darse buena vida*.